

REPOSITORIO ACADÉMICO DIGITAL INSTITUCIONAL

"LA TRASCENDENCIA DEL HOMBRE POR MEDIO DE LA RELIGIÓN COMO FENÓMENO ACTUAL EN EL PENSAMIENTO DE XAVIER ZUBIRI"

Autor: Conejo Minguela Moisés Abraham

Tesina presentada para obtener el título de:
Licenciado en Filosofía

Nombre del asesor:

Gallardo Campuzano Luis

Este documento está disponible para su consulta en el Repositorio Académico Digital Institucional de la Universidad Vasco de Quiroga, cuyo objetivo es integrar, organizar, almacenar, preservar y difundir en formato digital la producción intelectual resultante de la actividad académica, científica e investigadora de los diferentes campus de la universidad, para beneficio de la comunidad universitaria.

Esta iniciativa está a cargo del Centro de Información y Documentación "Dr. Silvio Zavala" que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados.

Esta Tesis se publica bajo licencia Creative Commons de tipo "Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada", se permite su consulta siempre y cuando se mantenga el reconocimiento de sus autores, no se haga uso comercial de las obras derivadas.



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported](#).



UNIVERSIDAD VASCO DE QUIROGA

**FACULTAD DE FILOSOFÍA
LA TRASCENDENCIA DEL HOMBRE
POR MEDIO DE LA RELIGIÓN
COMO FENÓMENO ACTUAL
EN EL PENSAMIENTO DE XAVIER ZUBIRI**

TESINA

**PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN FILOSOFÍA**

**PRESENTA:
MOISÉS ABRAHAM CONEJO MINGUELA**

**ASESOR DE TESINA:
MCSH. LUIS GALLARDO CAMPUZANO**

CLAVE 16PSU0024X

ACUERDO No. LIC 121129

MORELIA, MICH., ENERO 2026

UVQ

M.R.

Índice

Capítulo I	8
Marco teórico.....	8
1. Antecedentes	8
2. Semblanza biográfica	11
3. Bases teóricas.....	13
3.1 La trascendencia	15
3.2 Hombre	16
3.3 Religión	16
4. Obras.....	177
5. Hipótesis.....	188
6. Justificación.....	19
7. Objetivos	19
8. Metodología.....	20
9. Fundamentación	20
Capítulo II.....	25
La trascendencia	25
1. Concepto de trascendencia en el hombre	25
1.1 La trascendencia según san Agustín de Hipona.....	27
1.2 La trascendencia según santo Tomás de Aquino	28
1.3 La trascendencia según Carl Rahner	30
1.4 La trascendencia del hombre según Karol Wojtyla.....	30
2. El concepto de trascendencia en la religión	32
2.1 La trascendencia según Balderas Vega	32
2.2 La trascendencia según Mircea Eliade	33
2.3 La trascendencia según Luis Duch.....	34
2.4 La trascendencia según Adriano Alessi.....	36
2.5 La trascendencia según Josef Schmitz	37
3. Religión.....	38
3.1 El catolicismo y la trascendencia.....	39
3.2 El judaísmo y la trascendencia	40

3.3 El budismo y la trascendencia.....	41
3.4 El hinduismo y la trascendencia.....	43
Capítulo III	45
La trascendencia según Zubiri.....	45
1. El hombre según Zubiri	45
2. El poder de lo real	48
3. Religación	50
4. Dios según Zubiri.....	52
5. La trascendencia según Zubiri.....	55
6. La religión según Zubiri	57
7. El conocimiento religioso	59
Capítulo IV	60
Trascendencia el hombre actual	60
1. Espiritualidad y religión.....	60
2. El hombre religioso	61
3. La experiencia religiosa	63
4. El hombre actual	64
5. La Nueva Era.....	65
5.1 Gnosticismo.....	66
5.2 Esoterismo	67
5.3 Religiones orientales	68
6. El hombre en la religión actual	70
7. Trascendencia actual.....	71
8. La trascendencia del hombre por medio de la religión	72
Conclusión.....	75
Referencias.....	78

Introducción

En la época contemporánea, el interrogante sobre la trascendencia suele quedar relegado a un segundo plano o vinculado exclusivamente al fenómeno de la muerte. Se propone analizar cómo el ser humano trasciende mediante la experiencia religiosa, abordando este proceso a partir de los hechos fenoménicos que constituyen la existencia humana. Bajo esta perspectiva, el hombre no es un receptor pasivo, sino un animal que posee inteligencia, lo que le permite aprehender la realidad de manera directa.

El hombre, aprehende las cosas de la impresión de la realidad, los modos de intelección no son ordenados en tiempo y forma, sino que constituye un acto intelectivo que parte del conocimiento. Se llama inteligencia sentiente. (Zubiri, 1986)

La realidad humana, a diferencia de las cosas que tiene de suyo la religión no lo caracterizan formalmente, la propia realidad es suya como suidad que es en lo que consiste según su criterio, el hombre como persona, por otra parte tiene un grado de independencia de su realidad incluso frente a Dios si aceptamos la realidad divina se trata de un modo absoluto de la realidad personal del hombre, todos los actos que conforman la vida del hombre; vivir es realizarse. (Zubiri, 1986.).

Esta investigación analiza el fenómeno de la trascendencia humana y la experiencia de lo real que Xavier Zubiri define como religión, la cual constituye un hecho probado dado en la aprehensión primordial de la realidad. Es fundamental comprender que, bajo esta perspectiva, el tema de Dios se halla inscrito en lo real, pues la divinidad constituye formalmente a las cosas como reales al ser su fundamento último.

Las religiones representan la plasmación de esta religación fundamental. Cuando este vínculo radical se manifiesta en el espíritu objetivo, se configura la religión como el espacio donde el ser humano, dentro de una concepción divina, vive un encuentro personal con la deidad. En última instancia, este proceso no es una mera abstracción, sino una experiencia física y real, que permite al hombre alcanzar su plenitud y sentido trascendente.

El proceso de la trascendencia humana desde diversas perspectivas filosóficas, las cuales ofrecen pautas para comprender la naturaleza única de este fenómeno. En el proceso intelectivo del hombre, va desde el misterio de la deidad hacia la divinidad a través de la búsqueda del fundamento en las cosas reales. En este contexto, la verdad religiosa se alcanza intelectualmente mediante los grados de adecuación que se actualizan en la persona humana a través de su entrega a la realidad divina por medio de la fe.

Este acto no es una imposición, sino que consiste en la aceptación libre del ser atraído por lo divino; por lo tanto, para acceder a esta plenitud, el ser humano recurre a las religiones, las cuales son la plasmación objetiva de lo trascendente. Es esta realidad divina, personal y trascendente, que se manifiesta como fundamento del poder de lo real, a la que Zubiri denomina Dios

Las diversas tradiciones religiosas tienen perspectivas distintas respecto a la trascendencia, las cuales se ven influenciadas por el contexto sociocultural y las particularidades del culto practicado en cada ambiente, responde a que cada religión asume una concepción propia de Dios, del mundo y del hombre.

El primer capítulo presenta las bases teóricas y los conceptos fundamentales del estudio, centrados específicamente en las nociones de hombre, religión y trascendencia. Finalmente, este

apartado integra una semblanza biográfica y una revisión cronológica de las obras de Xavier Zubiri, proporcionando el marco referencial necesario para comprender el desarrollo de su pensamiento.

El segundo capítulo se dedica al análisis e interpretación del concepto de trascendencia desde la perspectiva: filosófica y religiosa. En la primera sección, se exploran las concepciones de pensadores clave como San Agustín de Hipona, Santo Tomás de Aquino, Carl Rahner y Karol Wojtyla, identificando la visión particular sobre la capacidad del hombre para superar su propia finitud. Posteriormente, el estudio de las tradiciones religiosas. Este análisis permite comprender cómo los creyentes de cada doctrina practican y conciben la trascendencia como un camino de perfeccionamiento y un encuentro con lo divino, permitiendo al ser humano ir más allá de sus paradigmas históricos y culturales a través de su razón y libertad.

El tercer capítulo analiza en profundidad el pensamiento de Xavier Zubiri respecto a la trascendencia del ser humano a través del fenómeno religioso. En este apartado, se establecen los presupuestos fundamentales de su filosofía, abordando la conexión entre el hombre, Dios y la religión desde la perspectiva de la religación.

La búsqueda de la trascendencia se considera una necesidad natural del ser humano, en la cual se manifiesta en el deseo de dejar un legado que sirva de guía para el perfeccionamiento consciente y libre. Esta herencia, entendida como una forma de enseñanza, que permita el desarrollo del ser, integrando sus dimensiones en un proceso de crecimiento que supera su animalidad. Aunque el hombre reconoce su finitud biológica, busca en su integralidad proyectarse hacia lo trascendente para superar las limitaciones de su existencia terrena. Las facultades

racionales y emocionales se integran en su vida social como una opción de búsqueda para alcanzar una experiencia auténtica, fundamentada en su conciencia, dignidad y libertad.

Esta herencia es enseñanza, que permite el perfeccionamiento consciente y libre de su ser holístico. El hombre sabe que es un ser finito, sin embargo, busca en su integralidad la trascendencia. En su vida social, lo racional y emocional del hombre. Se proyecta como opción de búsqueda de la trascendencia para lograr así una experiencia.

Lo racional y emocional del ser, se proyecta como una opción de búsqueda del hombre y de la trascendencia, para lograr superar así, la finitud de su ser y de su existencia terrena. En cada cultura y creencia, establecido caminos, reglas y modos de alcanzar la trascendencia.

La realidad trascendente no puede considerarse como una solución de lo inexplicable, que no tiene su fundamento y comprensión racional. Dicha manera de ver las cosas, sería criticada como pre-científica y en la medida en que va avanzando la ciencia iría reduciendo el ámbito trascendente y religioso. Ha de justificarse por sí mismo.

Este panorama se vio alterado por la irrupción de la Nueva Era, una corriente que alcanzó un crecimiento acelerado durante la década de los noventa. Este movimiento integra una compleja mezcla de creencias espirituales, religiones orientales y tradiciones esotéricas antiguas de las que emergió el ocultismo. Como resultado de su propuesta sincrética, atrayendo a numerosos creyentes que terminaron dispersándose y abandonando sus religiones tradicionales. Por consiguiente, esta investigación se propone indagar si el ser humano, tras haber pasado por estas corrientes modernas, retorna a su fe originaria para encontrar en ella una experiencia de trascendencia auténtica y un encuentro personal con la divinidad.

Capítulo I

Marco teórico

1. Antecedentes

La reflexión realizada por algunos filósofos respecto a la religión, desde su época, y la experiencia que han alcanzado hasta ahora en la actualidad son los siguientes:

Sócrates murió con firmeza y lealtad a sus principios, a sus creencias, a su filosofía de la vida; murió con dignidad, sin sometimiento alguno y seguro, actuando con fiel respeto a las leyes de la ciudad, después de vivir entregado de entero a la filosofía y a la educación del pueblo ateniense, sin percibir remuneración alguna. (Platón, 1871).

Murió en acatamiento de una orden formal, que dice le enviaba Dios, y en su condición de filósofo se prestaba gustoso a la muerte. Murió pensando encontrar en el otro mundo dioses buenos, sabios y justos. Confiado que hay algo reservado para los hombres después de esta vida: gozar de bienes infinitos, y que, según la antigua máxima, los buenos serían mejor tratados que los malos. (Platón, 1871).

Con la muerte de Sócrates, se hace una analogía de la trascendencia, aunque no menciona algo directamente de la trascendencia del hombre. Sócrates deja la trascendencia al momento de su muerte. ¿Cuál es la trascendencia que deja? Todo lo que él sabía y compartía con las personas, las acciones buenas, lo que plasmó en el pensamiento de distintos filósofos, iluminándolos con la sabiduría; en el fragmento, se quedó pensando en encontrar otro mundo lo cual era la percepción de él a lo que él sabía que era desconocido en las realidades.

En el texto del Fedro, Platón nos explica el mito del carro alado, el cual es la relación del alma y el cuerpo. Las partes del carro alado representan la parte irascible, la parte concupiscible,

y la razón, el alma, pues está compuesta por estas tres partes. Para Platón, el alma preexiste al cuerpo y existe independiente del carro que es movido por los dioses.

La falta de armonía entre los caballos hacen caer a la auriga; en ese momento cae el alma y queda atrapada en un cuerpo, en un mundo sensible; en este no se pueden ver las ideas solo imágenes de las ideas, imágenes que una vez contemplo . Este carro puede recuperarse y lo hace ejercitando la filosofía y practicando la virtud; con ella es capaz de volver a mantener el carro y evitar caer al mundo sensible.

Para Platón, la muerte es solo prepararnos para regresar al mundo de las ideas. (Platón, 1986, p. 344).

En este contexto se hace una analogía con la trascendencia del hombre. En este mito de Platón, el hombre es este carro, el cual tiene la razón para llevar de una manera equilibrada, teniendo así un control de nosotros; el alma es la parte divina del hombre que se complementa con el cuerpo. Que por medio del alma se puede ver la verdad; cuando el hombre está en la realidad, puede volver hacia este mundo que llama Platón, de las ideas; el hombre lo hace cambiando aspectos para bien que le permitan esta trascendencia. Solo el hombre virtuoso llega a la trascendencia y es lo que espera el ser humano.

Plotino supo continuar esta línea de pensamiento afirmando que el Uno no solo se encuentra más allá de la sustancia, sino que también trasciende al Ser y al Intelecto. En su perspectiva, aun cuando el Uno produce todas las cosas y las sostiene en el ser, sin embargo, no comparte el mismo ámbito ontológico. Tanta es la trascendencia aludida aquí que ni siquiera es posible afirmar que un ámbito ontológico propio del Uno, por cuanto toda realidad supone el ser y este se encuentra por debajo del Uno. En una orientación similar, sostuvo que más allá de todos

los cuerpos está la sustancia del alma, más allá de todas las almas, la naturaleza inteligible, más allá de todas las sustancias inteligibles, está el Uno". (Plotino, 1982).

Posteriormente, tras la in culturación Helénica al cristianismo, es decir, la fusión del espíritu griego que en la interpretación antigua comprendía la lengua y la cultura griega con la vida oriental en los cambios políticos que favorecieron el intercambio cultural, filosofía y religión, este movimiento tuvo lugar en la predicación del mensaje cristiano. Se da una revolución en la manera de entender el fenómeno en el mundo religioso en la época medieval, resaltando las doctrinas de aquellos pensadores que marcaron el ritmo de la historia en el pensamiento.

Aparece san Agustín, quien propone una mirada del pensamiento religioso desde la doctrina neo-platónica de Plotino, que todo procedía del UNO, el hombre trasciende lo material en medida que su alma se vuelve a hacia lo inteligible. Por su parte, santo Tomás de Aquino tiene la concepción de la unidad del cuerpo y alma creada por Dios gracias a su inteligencia y voluntad el hombre puede ir más allá de lo material. Sistematizando desde la filosofía aristotélica la manera de comprender la religión por medio de la razón. Cabe destacar que, en el lapso del tiempo medievo, sobresalen otros autores importantes. Sin embargo, se considera mencionar a los dos autores por su relevancia que su pensamiento. (Gilson, E. 1967, p. 36).

A finales de la modernidad aparece el pensamiento de Søren Kierkegaard, quien tiene una interpretación muy particular: el hombre alcanza la trascendencia única y exclusivamente en su relación con Dios; los hombres son un peligro que hay que sortear y evadir con mucho cuidado; por ello, el hombre deberá reducirse a la "singularidad" y entrar en relación esencial solo con Dios. La relación con otros hombres impide la única relación esencial. (kierkegaard, 1980, p. 45).

Por consiguiente, el aspecto de la trascendencia en el hombre se caracteriza por lo religioso que, envuelta entre la paradoja de lo divino y el hombre, se abre a la perspectiva de la fe, donde se expresa en el trascender del humano.

Después de hacer este recorrido sobre el concepto de trascendencia, se llega al pensamiento de Xavier Zubiri, quien propone el concepto, el cual se aborda desde la perspectiva de la trascendencia del hombre, por medio de la religión.

En el tema de la trascendencia en el ser y la estructura de los trascendentales, se mantiene en el pensamiento de filosofía y teología en la Edad Media. Zubiri en lo cual sabe y explica el orden riguroso de los trascendentales en la estructura del ente cuanto ente para la escolástica que admite un estricto orden trascendental. La preeminencia de la realidad respecto del ser trastoca el orden y la estructura es diferente, ya que lo agrega en la realidad. En este trabajo se expone el orden trascendental en la filosofía de Zubiri, y el problematismo de los trascendentales. (Sanchez J. A., 2012).

2. Semblanza biográfica

Xavier Zubiri nació en San Sebastián, el 4 de diciembre de 1898. Ingresó en 1917 en el seminario de Madrid. Además de la carrera de Teología, estudió Filosofía con Juan Zaragüeta, y en 1919 con Ortega y Gasset, quien dirigió su tesis, en la Universidad Central de Madrid. Se ordenó sacerdote en 1921, y cinco años más tarde gana la cátedra de Historia de la Filosofía en la facultad de Filosofía y Letras en la misma universidad.

Con permiso para sus estudios, en 1929 marchó a Friburgo para estudiar el pensamiento fenomenológico con Husserl y Heidegger. Al año siguiente viajó a Berlín, donde conoce a Albert Einstein.

En 1935 aparecerá ¿Qué es saber? Donde Zubiri buscaba afanosamente una lógica de la realidad que le permitiera una superación de la fenomenología; el saber filosófico y su historia como de Dios como del curso en Madrid, fue a Roma, donde aparece el problema de Dios como momento estructural del hombre en la religión. El concepto en este estudio es aquel germinal, el cual denomina dimensión teologal en el desarrollo que le dio en sus cursos y libros. Se secularizó y contrajo matrimonio, un año después, con Carmen Castro Madinaveitia, hija del historiador español Américo Castro.

Durante la guerra civil española se dirigió a París, donde permaneció hasta el fin de esta. En esa ciudad, Zubiri trabajó en Física con Louis de Broglie y Filología con Émile Benveniste.

En su regreso a España aceptó la cátedra de Filosofía en Barcelona. Poco después pidió la disponibilidad, descontento por la falta de libertad de pensamiento. Desde entonces impartió cursos privados, muchos de ellos publicados a título póstumo.

Durante un tiempo, para sobrevivir, se dedicó con su esposa a la traducción de textos; una de sus traducciones más conocidas fue la que realizó de la obra ¿Qué es Metafísica? de Martin Heidegger.

En 1947 creó la Sociedad de Estudios y Publicaciones, de la que fue presidente. En 1980, a pesar de su avanzada edad y con el apoyo de algunos de sus alumnos, desarrolló la trilogía de "Inteligencia sentiente". Falleció en Madrid, el 21 de septiembre de 1983. (Camargo, 1987).

En este trabajo se utilizarán las siguientes obras:

Hombre y Dios,

En torno al problema de Dios

Estructura de la metaafísica

La raíz de lo sagrado

3. Bases teóricas

El orden de lo trascendental en el ser y la estructura de los trascendentales, el pensar de la filosofía y la teología de la Edad Media. Xavier Zubiri se sabe heredero de esta tradición; pero se sabe también heredero de la fenomenología de Husserl y de la ontología fundamental y hermenéutica de Heidegger. Frente a la tradición, y al mismo Heidegger, Zubiri afirma la preeminencia del momento de realidad respecto del momento de ser en las cosas. Esta preeminencia de la realidad respecto del ser trastoca el orden trascendental mismo, ya que lo adscribe a la realidad y no al ser; y exige que el orden trascendental y su estructura se construyan de una manera diferente a como lo hizo la tradición desde el horizonte del ser.

El fundamento de la estructura trascendental; se trata solo de dos expresiones del ente: *Ens* significa que la cosa es, y *res* significa aquello que la cosa es; es decir, su ordenación al *esse*; sin esta ordenación aptitudinal al *esse* la cosa sería nada. Desde la metafísica zubiriana, *res* en tanto que aquello que la cosa es nombra, la talidad de la cosa, mientras que *ens* nombra la realidad de suyo de la cosa. Nos sirve, sin embargo, la equivalencia comparativa porque Zubiri conserva deliberadamente el orden trascendental, aunque suscrito a la realidad en cuanto tal y no al ente. (Villa, 2012).

Para la Escolástica es un trascendental intrínseco al ente, pero negativo. El *aliud* es la alteridad del *quid*; el ente en tanto ente es *aliquid*. Es este y no es aquel otro. O aquel otro no es

este. El ente es *aliquid*. Igual que con el *unum*, la Escolástica se atascó con el *aliquid*. Zubiri cree salvar estos atascos diciendo que lo decisivo, la necesidad metafísica de esta multitud, que, al igual que la positiva entidad en el caso del *unum*, si bien no pertenece al ente como propiedad trascendental suya, sin embargo, desempeña una función trascendental. (Villa, 2012).

Zubiri busca un análisis de hechos; que componen el libro Sobre la religión constituyen una primera exposición del constitutivo problematismo de la realidad humana y su dimensión teologal. El filósofo toma la realidad humana en sí misma, en cuanto tal, sobre la base de lo que para él son hechos irrefutables.

El hombre está religado a la realidad, que es lo que le hace ser; se trata de un apoyo, un hecho irrefragable, pero también, al mismo tiempo, en palabras de Zubiri, una “vivencia oscura, larvada, incógnita, generalmente muerta en el anonimato”. Pues bien, el poder de lo real también se muestra en las personas en forma de voz de conciencia. Para el pensador, el hecho mismo del dictar de la voz de la conciencia, rigurosa intelección auditiva que emerge del fondo metafísico de la realidad personal del hombre, es “la palpitación sonora del fundamento del poder de lo real en mí”. (Gómez, 2018, p. 354).

La realidad humana, a diferencia de las cosas, no solamente tiene de suyo sus propias notas que la caracterizan y definen, sino que el hombre es formalmente suyo, esto es, se posee a sí mismo; su propia realidad es suya. Zubiri denomina a este carácter de realidad (suidad), que es en lo que consiste, según su criterio, el hombre como persona. Por otra parte, el hombre tiene siempre un cierto grado de independencia frente a las demás realidades, al estar libre de todas ellas, de su propia vida, e incluso también frente a Dios, si aceptamos la realidad divina. Se trata del modo absoluto de la realidad personal del hombre. (Gómez, 2018, p. 356).

En el estudio del hombre, se determina por conceptos que no conoce, pero que se distinguen en el conocimiento del ser humano; es, pues que en la filosofía hay muchos términos, los cuales ayudan a comprender el conocimiento que se quiere conocer. Es por esto que se proponen algunos conceptos para facilitar el entendimiento del tema. Enseguida, se proponen algunas líneas rectoras de su pensamiento.

3.1 La trascendencia

Significado etimológico de paso de un lado a otro tras, sino especialmente un ir “más allá” que connota un ascender, scendo; será un error considerarlo como un ir a otra cosa, lo cual en último término es un extrañamiento. Todo trascender afirma es un paso más allá, pero en aquello que trasciende, sin negarlo y sin anularlo (Zubiri, 1974. p. 24).

Hay una primera trascendencia: “remisión del momento estimulante al real. Esta remisión, esta trascendencia, no es un momento del acto de aprehensión, del acto de intelección, sino que es un momento de lo aprehendido mismo en el acto aprehensor”. (Zubiri. 1974. P. 24).

“Trasciende desde lo que tiene de estimulante a lo que tiene de realidad, esté o no estimulando”. “Entonces, realidad no es el mero correlato de un modo de aprehensión, sino apertura a lo que las cosas son de suyo. Esta trascendencia es una remisión desde su actualidad intelectiva, esto es, desde ser actual en la intelección, a ser real, a ser de suyo. Esta remisión no es un acto de inteligencia, es un acto de la cosa en la inteligencia, un acto en el que la cosa se actualiza desde sí misma. (Zubiri. 1974. P. 24).

3.2 Hombre

Para Zubiri, el hombre es la unidad radical psico-somática, en la que lo somático está psiquizado y lo psíquico está somatizado. (Zubiri, 1982. p.15).

Es una manera finita de ser real y efectivamente Dios. La naturaleza humana es ese momento de finitud, múltiple y variado, que en el caso del hombre muestra una estructura determinada. El hombre "es una manera finita de ser Dios". Y esta finitud es formalmente experiencia.

Un animal de realidades y esa condición de animalidad que es suya, en cuanto esencia abierta, es la manera como está incluido su modo experiencial. (Zubiri, 1974. p. 377).

3.3 Religión

La religión es la plasmación de la religación, porque a fin de cuentas siempre asume el carácter de una concepción de Dios, del mundo y del hombre. La religión tiene, en primer lugar, un rasgo diferente que depende de las diferentes ideas en torno a Dios: la visión politeísta, panteísta y monoteísta. A cada uno de estos tres conceptos, que es verdadero a su manera, el hombre llegó por distintas rutas. (Zubiri 1982. pp. 222-224).

La religación es un hecho total y radical. Es ante todo un hecho, como la misma realización personal. Pero se trata de un hecho total, ya que afecta a la realidad personal entera. También es un hecho radical, porque es la re-ligación a la realidad lo que configura a la persona. (Zubiri, 1935. p. 361).

4. Obras

Las obras más importantes de Xavier Zubiri son las siguientes:

(1944) La raíz de lo sagrado; Naturaleza, Historia, Dios

(1963) El hombre, realidad personal

(1963) Sobre la esencia

(1963) Cinco Lecciones de Filosofía

(1964) El origen del hombre

(1966–67) Notas sobre la inteligencia humana

(1973) La dimensión histórica del ser humano

(1974) El hombre y su cuerpo

(1975) El problema teológico del hombre

(1976) El concepto descriptivo del tiempo

(1978) La idea de filosofía en Aristóteles

(1979) Respectividad de lo real

(1980) Inteligencia Sentiente: Inteligencia y Realidad

(1981) Prólogo a la traducción norteamericana de Naturaleza, Historia, Dios

(1981) Reflexiones teológicas sobre la eucaristía

(1982) Inteligencia y Logos

(1983) Inteligencia y Razón

(1983) ¿Qué es investigar?

5. Hipótesis

En la sociedad contemporánea, la trascendencia, se analiza desde la filosofía, como un fenómeno del ser humano y de su capacidad de ir más allá. Este estudio aborda la trascendencia por medio de la religión desde una perspectiva fenomenológica. Se abordará como experiencia del ser humano, que busca el fundamento de lo divino. El concepto de la religión, sobre todo experimenta, por su existencia dentro de esta situación, que conlleva lo que lo mueve a optar por la trascendencia por medio de lo divino, desde la concepción de algunos filósofos y religiones que llevan al hombre a lograr cambios en él.

El hombre se define como una realidad abierta. Esta apertura se fundamenta en la inteligencia sentiente como un acto de aprehensión de la realidad donde el hombre no solo siente estímulos, sino que intelige lo real de suyo. A través de esta inteligencia, las acciones humanas quedan vinculadas al poder de lo real, convirtiendo a la deidad en una realidad accesible para el ser humano.

En este contexto, la religión aparece como el vínculo físico y radical que sostiene al hombre en la existencia; es el apoyo en el poder de lo real que nos hace ser personas. Por tanto, es preciso aclarar que las religiones son la plasmación objetiva de este hecho de la religión en el ser humano. Esta plasmación se manifiesta como una configuración de fe que permite al hombre vivir un encuentro personal con la deidad, reconociendo en las tradiciones religiosas la manifestación del poder que fundamenta su realidad.

6. Justificación

La consideración que se le da a los temas de religión no es tan común, ya que esta área dentro de la filosofía, algunos filósofos investigan más a fondo, en la cual aportan su perspectiva; otros solo investigan acerca de la religión o temas semejantes. Es interesante indagar sobre la trascendencia del ser humano, que experimenta por medio de la religión; es por esto que se conciben como atractivas, las conductas que tiene el ser humano cuando alcanza la plenitud después de hacer una profunda búsqueda para su unión con lo divino. Esta plenitud solo la alcanza cuando se entrega el hombre libremente, lo llega a manifestar mediante la adoración o en una súplica orante. Zubri explica que unido a esta entrega está la fe del ser humano. La nueva era ha tenido un impacto en la sociedad desde sus inicios hasta la actualidad; muchas prácticas de esta corriente se han quedado, y hace una mezcla de lo que ofrece con las creencias de cada religión. Esto abre un panorama, a modo de un análisis fenomenológico por la dispersión de la corriente en lo trascendental de la religión en la actualidad.

7. Objetivos

Objetivo general: Analizar la trascendencia del hombre a través de la vivencia religiosa actual, en el pensamiento de Xavier Zubiri.

Objetivo I: Conocer los presupuestos de la filosofía de la religión en torno a la trascendencia para comprender la investigación.

Objetivo II: Conocer la trascendencia del hombre en la concepción de unos filósofos y de algunas religiones.

Objetivo III: Analizar el pensamiento de Xavier Zubiri y los presupuestos en su pensamiento.

Objetivo IV: Reflexionar y comprender al ser humano y su capacidad de trascendencia por medio de la religión, en el pensamiento actual.

8. Metodología

Los métodos que se llevan a cabo en este trabajo de investigación son los siguientes:

El método que se aplicará en este trabajo de investigación en general es el interpretativo.

En el primer capítulo se conocen los conceptos fundamentales de Xavier Zubiri respecto a la trascendencia de la religión, por lo cual el método a utilizar es el descriptivo inductivo.

En el segundo se expondrá la concepción de la trascendencia de algunos filósofos y en las religiones, por lo que el método será el método interpretativo.

En el tercer capítulo se expondrá el pensamiento del autor Xavier Zubiri; se utilizará el método interpretativo.

En el cuarto capítulo se reflexiona sobre la trascendencia del hombre actual, por lo que se utiliza el método analítico interpretativo.

9. Fundamentación

A lo largo de la historia, el ser humano es un individuo que está dotado de inteligencia y libertad; es el animal que razona y es inferior a los animales por poseer inteligencia. Así como el hombre es objeto de estudio, también lo es el acto de trascender, que es no quedarse en su

animalidad, sino ir más allá en su animalidad. Se tiene entendido que el hombre puede trascender de formas distintas en las diferentes religiones, las cuales cada una tiene su deidad y sus formas; es donde cambian, en la preparación del ser humano para experimentar en la religión con lo divino, y con ello la fe que está dentro de la entrega y la unión estrecha.

La apertura y trascendencia del conocer humano desglosado en su trilogía Inteligencia sentiente. Sin embargo, como tales, son dos notas que afectan internamente a la comprensión antropológica de Zubiri.

La noción de apertura, algo claro, como nota que afecta a la realidad humana desde su configuración más elemental, está asegurada desde el nivel ontológico fundamental. En esa línea, Zubiri divide lo real en realidad o esencia cerrada y realidad abierta, que es el hombre, e incluso, entre ambas, la última no solo es una realidad más, sino que expresa (como culminación), de un modo más acabado y perfecto, todas aquellas características que definen lo real.

Esta noción de apertura es vinculada a trascendencia que, para Zubiri, no implica solo su primer significado etimológico, sino especialmente un ir más allá que connota un ascender; será un error considerarlo como un ir a otra cosa, lo cual en último término es un extrañamiento. Todo trascender afirma es un paso más allá, pero en aquello que trasciende, sin negarlo y sin anularlo. (Zorrosa, 2015. p. 463).

Se “trasciende dentro de la aprehensión misma y quedándonos dentro de ella desde lo que tiene de estimulante a lo que tiene de realidad, esté o no estimulando”. Es apertura a lo que las cosas son de suyo. Esta trascendencia es una remisión desde su actualidad intelectiva, esto es, desde ser actual en la intelección, a ser real, a ser de suyo. No es un acto de inteligencia, es un acto de la cosa en la inteligencia, un acto en el que la cosa se actualiza desde sí misma, es actual de

suyo”. Se presenta en la aprehensión; no puede reducirse a su presentarse ante mí; la intelección no lo determina, ni lo pone; la remisión de lo tenido objetivamente a lo real como tal no es un dinamismo lógico, es un dinamismo de la inteligencia que, como dice en otro lugar Zubiri, ha quedado prendida de lo real, es guiada por él, es llevada por la realidad. (Zorrosa, 2015. p. 464).

Es querido por ser valioso, porque es un bien aprehendido como valioso, en cuanto a la intersubjetividad considerada.

El hombre es realidad intelectiva. El punto de partida de la filosofía zubiriana es la aprehensión primordial de realidad; es el acto elemental, propio y exclusivo de la intelección, la intelección por excelencia, que, por resultar insuficiente su contenido, se enriquece en los modos ulteriores de intelección. El hombre aprehende las cosas en impresión de realidad. Sin embargo, los tres modos de intelección no están ordenados en el tiempo de forma, sino que constituyen un acto intelectivo único del que parte todo conocimiento. Es la inteligencia que Zubiri denomina sentiente. (Zorrosa, 2015. p. 355).

La realidad humana, a diferencia de las cosas, no solamente tiene de suyo sus propias notas que la caracterizan y definen, sino que el hombre es formalmente suyo, esto es, se posee a sí mismo, su propia realidad. Denomina a este carácter de realidad suidad, que es en lo que consiste, según su criterio, el hombre como persona. El hombre tiene siempre un cierto grado de independencia frente a las demás realidades, además de su propia vida, e incluso también frente a Dios, si aceptamos la realidad divina. Se trata del modo absoluto de la realidad personal del hombre.

Ha sido objeto de estudio universal. Él corresponde con la ligación que hay entre el ser humano y lo divino como ser superior, trascendente y misterioso, algo que ejerce sobre él es un

poder, porque le concierne íntimamente y presenta un sentido para su vida, pues comprende el saber de la religión, por lo cual brota de una respuesta por el hombre, que se da como experiencia.

El análisis de la realidad intelectiva y personal del hombre son hechos; implantado en la realidad, es una esencia abierta por la inteligencia, nota esencial de su realidad sustantiva, le abre al hombre, al fondo de toda realidad, principalmente de la propia. En efecto, según afirma Zubiri, en su aprehensión intelectiva el hombre percibe el enigma de la realidad, que no se agota en lo que cada una de las cosas. La persona aprehende intelectivamente cada cosa real. Y en esa aprehensión, dominan y se apodera con una cierta fuerza “última”, posibilitante e impelente. Es la experiencia del poder de lo real o deidad, apoderamiento que Zubiri denomina religación, y que constituye un hecho real dado en la aprehensión primordial de realidad:

El hombre está religado a la realidad, que es lo que le hace ser; se trata de un apoyo inconscio, un hecho irrefragable, pero también, al mismo tiempo, radicalmente problemático; el poder de lo real también se muestra en las personas en forma de voz de conciencia. Para Zubiri, hecho mismo del dictar de la voz de la conciencia, rigurosa intelección auditiva que emerge del fondo metafísico de la realidad personal del hombre, es “la palpitación sonora del fundamento del poder de lo real en mí”. Y por la religación, el hombre está lanzado a la búsqueda intelectiva de ese fundamento, que es en lo que consiste para el Zubiri el problema de Dios: el problema del fundamento del poder de lo real. (Gómez, 2018. p. 356).

Es a ese fundamento al que nominalmente Zubiri llama Dios o la divinidad, en el cual, por permanecer oculto, tiene que intervenir la inteligencia, pues si la religación es un hecho, no lo es el tránsito del poder de lo real a la divinidad. Esto hace que el hombre tenga que buscar, a través de un proceso intelectivo, el fundamento del poder de lo real. Se trata, por otra parte, de un planteamiento radical del problema de Dios, ya que es únicamente en este ámbito del poder de lo

real donde se hace posible el ateísmo. Llegados a este punto, el pensador vasco afirma que las religiones son la plasmación ulterior de la religación, y la historia de las religiones, el enriquecimiento progresivo del poder de lo real o deidad, que es manifestación de la realidad de Dios oculta en el fondo de toda realidad. Es lo que pasaremos a analizar, de forma muy concisa, en el siguiente apartado.

La religación plasmada en espíritu objetivo es la religión. La religión es el cuerpo objetivo que envuelve una concepción de Dios y del mundo, dentro de la cual cada persona vive su encuentro personal con la divinidad.

El hombre trata de adentrarse en las cosas como si fueran de la deidad. Esto hace que la diferencia fundamental haya que establecerla, según Zubiri, no entre lo profano y lo sagrado, sino entre lo profano, la nuda realidad de las cosas, y lo religioso las cosas como sede de la deidad. Ahora bien, lo religioso puede ser sagrado, pero es sagrado por ser religioso, esto es, por ser las cosas sede del poder de lo real al que constitutivamente todo hombre está religado.

En la marcha intelectiva del hombre desde el misterio de la deidad hacia la divinidad, en la tarea de búsqueda de las cosas en las que puede encontrarse el fundamento del poder de lo real, han ido surgiendo a lo largo de la historia distintas vías que conducen a distintas concepciones de los dioses: la vía de la dispersión, que conduce al politeísmo, fruto del encuentro con muchas cosas fundamentales; la vía de la inmanencia o de inmersión, que consiste en pensar que el fundamento de la realidad es la totalidad del cosmos, y que conduce al Dios panteísta; y la vía de la trascendencia, que conduce al Dios monoteísta que es el poder concentrado en una sola cosa.

Capítulo II

La trascendencia

En el presente capítulo se analizará e interpretará el concepto de la trascendencia del hombre y su manifestación por medio de la religión desde la perspectiva de algunos filósofos, y la experiencia trascendental del hombre. Posteriormente, las posturas de las religiones, subrayando como el ser humano mediante su voluntad y libertad busca alcanzar la trascendencia. Este proceso permite al hombre dejar una huella al momento de trascender va descubriendo que el fin es encontrarse consigo mismo y con lo divino, de modo que el hombre llega a analizar que es algo bueno, ya que cambia la perspectiva de la persona por las experiencias que han sido vividas. Es un ir más allá de los paradigmas y lo que lo rodea, cultural e históricamente, que se relaciona con la capacidad que el hombre, como ser racional. Por su libertad y la relación que tiene y que hace a lo sobrenatural.

1. Concepto de trascendencia en el hombre

La trascendencia es la capacidad humana por excelencia; es la aptitud que tiene el ser humano sobre sus acciones, de elegir la calidad que tenga su vida y de esforzarse en llegar a sus metas. Es cambiar su percepción, y ponerse en los zapatos del otro, buscar un sentido global a la realidad y llegar a que la vida tenga sentido para él. (Bernad, 2005).

Solo el hombre posee las capacidades, como el razonamiento, la libertad y la trascendencia. El ser humano no es un ser estático sino que trasciende mediante sus acciones, por libre voluntad, estando en constante cambio que realiza, porque siempre aspira a algo más y así superar su finitud.

En consecuencia el descubrimiento de sentido de trascendencia, se vuelve fundamental ya que constituye el sentido último de su existencia.

Por ello, “el ser humano tiene en su conciencia la posibilidad de crear su estado interior, de modificarlo, de entenderse. Esta capacidad única le permite ir más allá de los paradigmas de su cultura o sus limitaciones e historias personales”. (Bernad, 2005).

La posibilidad de trascendencia se manifiesta en el hombre que se prepara de manera personal y libremente en este sentido se permite trascender, consciente de su libertad y su capacidad racional para la disposición, que lo lleva a la experiencia trascendental.

Es así que el ser humano, tiene derechos y obligaciones, un ser que es capaz de trascender de su animalidad hacia un comportamiento bondadoso, constructor e integrador, gracias a su racionalidad. (Mosterín, 1978). Los cambios en hombre no ocurren de un momento a otro, sino de forma gradual, ya que es un proceso. El trascender su animalidad quiere decir que no solo se queda en los sentidos, sino que va más allá por su capacidad racional.

Con la trascendencia, el ser humano tiene una inclinación natural de dejar huellas, legados y constituirse en ejemplo de otros, en especial con sus hijos y seres próximos. Si bien no es un comportamiento corriente, trata al menos una vez en su vida. (Schmidt, 2012. pp. 55-56). La manera de dejar huella y trascender de una forma peculiar, es un seguir dentro de los cambios del hombre.

Ya que se ha detallado un poco de la trascendencia del hombre, es pertinente abordar la perspectiva de san Agustín que define al hombre en la búsqueda por lo divino. Para el la trascendencia no se limita a la historia sino con el infinito

1.1 La trascendencia según san Agustín de Hipona

El deseo de la unión con lo divino; los filósofos conciben que en el hombre haya un deseo de la trascendencia, pues, ¿qué hay entre los griegos o entre los romanos que la describa de un modo más sublime y perfecto? (Agustín, 2015).

La visión que él tenían era distinta a la de los otros filósofos, que en algo tienen similitudes; en cambio, habla del deseo del absoluto con lo divino. Su filosofía la hizo desde lo que él experimentó como un deseo de su cambio de vida; le hace ver al ser humano que la trascendencia es la unión con lo divino.

La experiencia de la búsqueda inquieta que ocupó su vida durante años. “Preguntaba a mi alma por qué estaba triste y por qué estaba tan confuso, y no sabía responderme nada. Se ve como un gran abismo, una tierra de difícil cultivo y de excesivo sudor para sí mismo, inestablemente movedizo como un mar”. (Agustín, 2015).

Lo que experimentó en su vida interior era una motivación a buscar algo distinto que lo saciará. San Agustín, en su pensamiento, menciona el cambio que hizo; alude que el hombre es de Dios y hacia allá es a donde tiene que volver; de esta manera se confirma que la relación con lo divino es estrecha. En su obra; las confesiones se toma la siguiente frase.

“Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en Ti”. (Agustín, 2015. p. 1).

La presencia de Dios en el hombre es fuente de la inquietud humana, de los límites que hay en el corazón del hombre. La experiencia fundamental del hombre es la que está siempre en busca de la plenitud. La trascendencia del hombre no es, para san Agustín, la naturaleza, la historia y la sociedad, sino un indefinido de finitos, sino el Infinito, Dios.

1.2 La trascendencia según santo Tomás de Aquino

El hombre es una creatura que se encuentra por encima de las demás, entendido esto no como el dominio que puede tener sobre ellas, sino como aquel que tiene una capacidad intelectual por lo que, en lugar de aprovechar su entorno, deberá responder por él mismo con conocimiento puesto que todas sus acciones deberán dirigirse de acuerdo a su naturaleza.

El ser humano es un todo y, fuera de ello, debe estar ordenado a un fin. No es un alma encerrada en un cuerpo (Platón), ni mucho menos alguien que se reduce meramente al plano físico (Aristóteles); es una unidad que, a través de los sentidos y de la entelequia, deberá obedecer a su naturaleza. (S. Th. 1998 I, q.76, Art.5).

La visión del hombre que tiene como un todo unitario le permite además dar a entender quién es y cuál debe ser el direccionamiento de todos sus actos, puesto que no deberá obrar para algo mediático, sino que, cada acción debe tener un fin último y, a su vez, corresponder a lo que él es como animal racional y trascendental.

Estas operaciones se inscriben en el ámbito del libre albedrío y el razonamiento, facultades exclusivas del ser humano que le permiten actuar con intencionalidad y deliberación. En este proceso, el hombre no es un mero espectador, sino el protagonista de su propia vida, tomando decisiones que le permiten realizarse como persona.

El nombre de justicia comporta la igualdad; por su propia esencia, la justicia tiene que referirse a otro, pues nada es igual a sí mismo, sino a otro. Y, dado que pertenece a la justicia rectificar los actos humanos, como se dijo (S. Th. I-II q. 60 Art.2; q.61 Art.3;) es necesario que esta igualdad que requiere la justicia sea de individuos diversos que puedan obrar. Ahora bien: las acciones son propias de las personas y de los que forman un todo, mas no, propiamente hablando,

de las partes y de las formas o de las potencias; pues no se dice con propiedad que la mano hiere, sino el hombre por medio de la mano; ni se dice propiamente que el calor calienta, sino el fuego a través del calor. Sin embargo, se habla de este modo en virtud de cierta analogía. De aquí se sigue que la justicia propiamente dicha requiere diversidad de supuestos; y por eso no existe a no ser de un hombre a otro.

Pero, por analogía, encuentran en un solo y mismo hombre diversos principios de acción, como si fueran diversos agentes, como la razón, lo irascible y lo concupiscente. Por eso se dice metafóricamente que en un solo y mismo hombre está la justicia, en la medida en que la razón gobierna lo irascible y lo concupiscente y éstos obedecen a la razón; y, universalmente, en la medida en que se atribuye a cada parte del hombre lo que le conviene. A esta razón justicia, metafóricamente hablando. (S. Th. II-II, q58, Art. 2).

Tomás reconoce en el hombre a un ser que es emocional e impulsivo; constantemente deja claro que, siempre y cuando el hombre tenga la capacidad de dejarse orientar por su inteligencia, jamás perderá el rumbo y, por ende, tendrá presente su dimensión personal, social y política. El ser humano es en sí un ser que trasciende porque se abre a los demás y tiene presente su capacidad; no se encierra, se abre, y se da a los demás con quienes siente la necesidad de socializar, de construir un proyecto común.

El hombre debe ser dirigido por un bien supremo que le permitirá su realización personal; será imprescindible romper con cualquier orden natural conlleva a la alienación que es el claro reflejo de la perversión o de la corrupción. Es en las relaciones sociales que se debe materializar ese orden. La justicia, es una de las virtudes por excelencia que le permite al hombre no solo ordenar la sociedad, sino además ordenarse a sí mismo.

1.3 La trascendencia según Carl Rahner

El hombre, en cuanto pone la posibilidad meramente infinito, esta posibilidad ya está rebasada de nuevo y el hombre se muestra como el ser de un horizonte infinito; en cuanto experimenta su infinitud, llega más allá, donde se experimenta como ser trascendente. (Rahner, 1977, p. 51).

Estas dos cualidades son las que abren al hombre un horizonte infinito, pues desde la finitud de su realidad ve hacia una experiencia que trasciende el horizonte mediante la existencia

En lo cual menciona que. El hombre es el ser que trasciende en cuanto todo su conocimiento y su acción cognoscitiva están fundados en una anticipación; del ser en general, la anticipación es aquello a lo que el hombre está abierto. La trascendencia es, pues la irradiación del horizonte infinito del ser como expuesto a lo inefable. (Rahner, 1977, pp. 52-53).

Asimismo, la anticipación humana revela una estructura de apertura constitutiva, la cual funciona como una preparación intrínseca del sujeto para el acto de trascender. Esta apertura permite la irradiación del infinito del ser, orientando al hombre hacia lo inefable y lo divino. En este proceso, el ser humano no se limita a un conocimiento abstracto, sino que alcanza la trascendencia mediante una experiencia de la realidad plenamente vivida. Bajo la perspectiva de Karl Rahner, esta experiencia trascendental se define como el vínculo del hombre con Dios, quien se manifiesta ante la conciencia como un misterio absoluto.

1.4 La trascendencia del hombre según Karol Wojtyla

Las relaciones interpersonales consisten en una apertura; se configuran sobre el plano de la trascendencia propia de la persona. La relación yo-tu abre directamente el hombre al hombre.

Participar significa, en este caso, volverse al otro yo sobre la base de la trascendencia personal, volverse, por consiguiente, a la verdad plena del hombre, y por este sentido, a la humanidad. (2005, pp. 102-104).

Así como Ranher, también Wojtyla menciona sobre la apertura, pero la diferencia es que la apertura es de una persona hacia los demás y hacia la trascendencia. La persona es apertura: la autocomprendión del hombre no implica un cerrarse sobre sí como si fuese una mónada impenetrable clausurada en un solipsismo, sino que implica como mónada la apertura a los valores y a todo, pero con una configuración muy particular. Ésta interpretación realista conduce necesariamente a otro elemento de la composición de la persona: la conciencia. Mediante ella la persona tiene experiencia de sí; la persona como ser es constituido en la conciencia y, en cierto sentido, a través de ella; empero, la realidad de la persona exige el restablecimiento de la concepción del ser consciente como no constituido en la conciencia y a través de ella.

La experiencia en cuanto accesible en la intuición fenomenológica nos dice en primer lugar que el hombre es una unidad. “La unidad de la persona adquiere su manifestación más completa en la acción, es decir, a través de la trascendencia; el que se posee a sí mismo es, simultáneamente, el que, según el principio de autodeterminación, es poseído por sí mismo; según este mismo principio, al tiempo que gobierna, es gobernado por sí mismo. Esta complejidad se revela claramente en el planteamiento fenomenológico; pero lo más notable al respecto es su estructura, que se manifiesta en primer lugar como unidad orgánica específica y no como una diversidad carente de integración. La unidad de la persona en acción se manifiesta y establece de hecho por obra de la naturaleza espiritual del hombre. Cuando hablamos de la naturaleza espiritual del hombre, no nos estamos refiriendo al conjunto de síntomas que determinan la trascendencia de la persona en la

acción, sino a la fuente real de todos estos síntomas, al componente espiritual del ser humano”. (López, 2013).

El análisis de la experiencia permite concluir que la trascendencia en la acción es el elemento fundamental que constituye la unidad del hombre. El actuar humano no es un fenómeno aislado, sino la manifestación más completa de una concepción ontológica en la cual la cohesión del ser está determinada por el espíritu.

2. El concepto de trascendencia en la religión

El concepto de trascendencia está ligada a la noción de realidad que traspasa lo físico y así teniendo un límite divino, de modo que la infinita superioridad de Dios respecto a todo, por ser el creador, reside en su carácter trascendente. Es precisamente que está más allá; de esta forma toma la religión en su particular modo de trascender y estar con Dios en una forma más plena.

2.1 La trascendencia según Balderas Vega

Lo esencial de la experiencia religiosa. Creaturidad, historicidad, hacen referencia a un origen que, en cuanto no metafísicamente estructural, esencial, posee también todos los rasgos de la contingencia y de la libertad. Sin embargo, la historia de la religiosidad metafísica reduce la positividad de la experiencia religiosa a la pura y simple creaturiedad; la concreta historicidad de la existencia es considerada únicamente como la finitud más allá de la cual la experiencia religiosa nos hará como saltar a Dios, a la trascendencia. (Vega. 2003. p. 39).

Menciona sobre la experiencia religiosa en la que parte, esta experiencia no sería nada sin el hombre. Como criatura material, es finita; así participa de la historicidad que menciona

Balderas. Lo que va más allá de la finitud del hombre es la trascendencia, pero se llega a esta mediante la experiencia religiosa, que es la relación a lo divino.

La trascendencia religiosa no podría ni siquiera ser mencionada, si no fuera una diferencia que emerge de las figuras actuales de nuestra experiencia. La trascendencia cancela como separación de fronteras ontológicas entre clases de entes, pero no se cancela como punto crítico de la actividad interpretativa en el seno del flujo de los fenómenos de la vida. (Vega., 2003. p. 43).

La trascendencia religiosa que se interpreta como actual porque ha sido un fenómeno en el cual el ser humano lo transmite; en algunas ocasiones es de manera cultural y social.

2.2 La trascendencia según Mircea Eliade

La relación primordial del hombre con lo sagrado. Lo que hace del hombre un ser humano es la conciencia que toma de sí mismo en esta relación primordial. El inventario de formas remite a una experiencia, la de lo sagrado, y la experiencia a lo real que es designado como lo sagrado.

El mundo fue creado por obra divina; por este motivo el cosmos se muestra, en el cual se puede percibir en él los diferentes modos de lo sagrado; el cielo revela directamente, natural, la distancia infinita y la trascendencia de Dios. La tierra, así mismo, se presenta como madre universal; los ritmos de las estrellas y el orden de las estaciones manifiestan el orden, la armonía y la permanencia, la fecundidad. El cosmos es un organismo real vivo y sagrado; revela al mismo tiempo las modalidades del ser, así como de su sacrabilidad. Ontofanía y hierofanía se reúnen. (Eliade, 1998. p. 88).

El hombre está en busca de encontrar sentido a su existencia; está unida a su propia conciencia. Es parte estructural de ella en la medida que se pierde el contacto con lo sagrado.

El hombre religioso, más allá de las diferentes formas religiosas, cree que hay una realidad que trasciende el mundo, que se manifiesta en él la realidad. La vida también tiene un origen sagrado; en medida que el ser humano es religioso, da sentido a través de la actualización lo cual lleva al hombre en relación con lo divino.

El hombre des sacralizado duda de tal sentido, ya que adopta otra postura en la que se reconoce como único sujeto y actor de la historia, solo de él y no busca más allá. La investigación en el fenómeno religioso que estudia las manifestaciones de lo sagrado es la hierofanía. Esta manifestación es distinta al orden natural donde permite al ser humano su descubrimiento, sin la hirofanía, ya que precisamente lo sagrado es la experiencia que experimenta, en relación que hay una realidad invisible, misteriosa y trascendente que el hombre religioso capta; se da como trascendencia.

Por lo tanto, lo sagrado cualifica algo que trasciende; en el ámbito de lo religioso, se manifiesta como realidad de un orden diferente de las realidades naturales. Después de ser una manifestación, de algo fuera de lo normal, no pertenece a nuestro mundo; los actos adquieren la trascendencia que supone lo sagrado que corresponde las realidades metafísicas.

2.3 La trascendencia según Luis Duch

La religión es un hacer práctico ubicado en un tiempo y un espacio concreto; siempre y en todas partes ha constituido una síntoma muy evidente de la profundidad cuestionada del ser humano que se plantea las cuestiones fundacionales (¿por qué la vida, la muerte, el mal: hay un más allá? etc.) como cuestiones cotidianas. (Duch, 2001. p. 60).

Para Duch, el ser humano es estructura e historia: es un ser logomítico, ser finito y deseante que tiene memoria y olvido; es un *zoon politikon* y animal simbólico, con dimensiones con las que se enfrenta a lo que está fuera del dominio humano (el mal, la muerte, lo impredecible, lo incontrolable), construye su mundo, da forma a su comunidad y se relaciona con otras personas, la naturaleza y el más allá: los orígenes, los finales y el nacimiento y la muerte.

“La trascendencia es la manifestación más apropiada; es la del *homo religiosus*, es una respuesta del ser humano a la pregunta por su finitud y a la conciencia de su futura muerte”. (Duch, 2001. p. 60).

Las manifestaciones religiosas tienen que ver con el ser, con la significación. Por eso es comprensible que alguno de ellos otorgue importancia al análisis de la experiencia religiosa como aspecto central y esencial de la religión, ya que el *homo religiosus* es el protagonista y el punto de referencia. Los fenomenólogos abordan la conciencia religiosa, en el hombre no puede derivarse de estructuras más fundamentales y profundas, sino que se trata de realidades que al mismo hecho de existir como hombre, sean cuales sean las determinaciones sociales, históricas y culturales de los individuos.

El estudio que realiza Duch tiene la particularidad de ser elaborado en su relación con la religión y política, las que considera expresiones de la interioridad y exterioridad del ser humano; se transmiten en la expresión de las prácticas cotidianas. Para Duch, no debe hablarse de lo religioso y lo político, como dos dimensiones separadas, sino más bien de lo religioso-político como dos aspectos implicados del ser humano que reflejan su interioridad, y su exterioridad un movimiento permanente.

2.4 La trascendencia según Adriano Alessi

La incidencia de la religión sobre la existencia humana se extiende a todos los ámbitos de la acción, influyendo sobre las actitudes del comportamiento y los modos de pensar individuales, sociales, interiores y exteriores. En esta línea suelen notarse los actos religiosos, que son actitudes religiosas dirigidas a poner al creyente en relación directa con lo sagrado.

El análisis fenomenológico prescinde de la conciencia; dentro del método, no solo es legítimo, sino que es útil para alcanzar desde su interior experiencias y realidades que pertenecen a un orden eminentemente consciente. (Alessi, 1998. p. 193).

Se ha analizado este fenómeno desde el interior ser humano, como las manifestaciones concretas, en las que la experiencia religiosa, en el interior, el orden de la conciencia es parte de la preparación personal.

El hombre que toma la intención hacia la polaridad trascendente, por ser capaz de saciar su hambre, es el ser humano quien se percibe relacionado con lo sagrado; es la conciencia que se descubre abierta al más allá. Esto es verdad especialmente en las relaciones de tipo estructural. Esto se presenta particularmente claro cuando es el hombre quien se pone a buscar a Dios bajo el impulso de una necesidad interior. (Alessi, 1998, p. 199).

Claramente se muestra la intencionalidad que tiene el ser humano hacia lo divino, en la que tiene la apertura para la trascendencia; por la conciencia, es la que hace que el hombre busque como necesidad a Dios; al experimentar la trascendencia, alcanza una cierta plenitud.

En la conciencia del hombre se presenta antes como reacción ante un nuevo dato que impone en la conciencia. La idea de Dios se descubre conectada con el concepto de sacralidad celeste, es decir, con la luz y la trascendencia por la extensión, con las ideas de soberanía y

creatividad. La trascendencia no solo es entitativa, sino axiológica del ser supremo. (Alessi, 1998. p. 205).

La conciencia en el ser humano como persona religiosa es libre; dentro de esta libertad se encuentra unido con lo divino, con lo que está más allá, porque se puede pensar que no solo es cuestión del hombre, sino también de Dios, por la unión trascendente.

La experiencia del hombre tiene su fundamento en una iniciativa que trasciende en una llamada cuyo punto de partida se encuentra en lo completamente otro; es el absoluto lo que se revela; lo sagrado es lo que constituye al hombre. No obstante; la actitud del creyente no solo puede reducir a receptividad. (Alessi, 1998, p. 293).

El hombre se puede sentir atraído por lo religioso; hace que esté en una búsqueda, sobre todo lo que está más allá, a modo de una experiencia trascendental en la cual experimenta personalmente.

Por consiguiente, se resalta del autor sobre la experiencia religiosa es: Que el ser humano experimenta ante el poder superior en cuanto a los hechos o testimonio. La experiencia vivida de la relación divina con la propia inconsistencia ante lo que se alza infinitamente por encima de todo. (Alessi, 1998, p. 302).

2.5 La trascendencia según Josef Schmitz

“Un fenómeno religioso se caracteriza en su estructura interna, según la inteligencia del hombre religioso, por su participación en lo terreno y en lo divino”. (Schmitz, 1987. p. 55). El hombre dentro de la religión es el que tiene vivencias religiosas; es por esto que el hombre tiene

un papel importante, ya que sin él no sería este fenómeno, por lo tanto, su participación es importante.

“El hombre religioso se entiende a sí mismo está referido a una realidad superior independiente y en su vivencia está referido a lo santo y a la divinidad”. (Schmitz, 1987. p. 60). En distintas ocasiones, el hombre está referido a la realidad superior, que en otras recibe el nombre de Dios dentro de su vivencia religiosa.

Así pues, el ser humano acentúa los estímulos como enlaza las percepciones entre sí algo que depende de un marco relacional formado por aptitudes inconscientes a nuestra posición, a las necesidades y expectativas. La experiencia va más allá de datos sensibles. (Schmitz, 1987. p. 60).

Dentro de las religiones se da la idea, de que el hombre religioso tiene un paso o trascendencia del mundo vital cotidiano accesible a todos a otra realidad totalmente distinta; debe estar más allá, fuera de las experiencias habituales. En la religión se cuenta como realidad que trasciende el mundo de la experiencia. (Schmitz, 1987. p. 80).

3. Religión

La religión es una creencia en la que la persona adquiere una conducta que permite adentrarse en el culto; se funda sobre la creencia en un dios o en dioses. La actitud de cada hombre hacia la religión está matizada por la propia postura filosófica general, al analizar la religión. La creencia religiosa, es un acto de fe, tiene mucho en común con otros actos de fe, como la oración, la meditación y textos guía.

3.1 El catolicismo y la trascendencia

El hombre tiene un destino que va más allá de su vida terrenal aun cuando su realidad es intramundana. No sólo es un ser en el mundo, sino que además está proyectado al más allá. El hombre es trascendente por ser persona; porque es consciente, responsable, libre y relativo a los demás y relativo a Dios. Es trascendente por ser espiritual, pues su espíritu es inmortal. La muerte acaba con el cuerpo, pero no con su espíritu. Su destino es la comunión con Dios. Es trascendente porque ama y a pesar que el amor se manifiesta a través del cuerpo, la naturaleza del amor es espiritual. (Pérez, 2022).

El fenómeno de la trascendencia es el destino que va más allá del hombre porque es hacia donde se visualiza dentro de la religión a diferencia de otras creencias en esta se habla de la inmortalidad parte que tiene el hombre en el alma la espiritualidad es una manera de describir la forma de la trascendencia porque pone de manifiesto que es un ser espiritual, y no puede reducirse solo a la materia. La espiritualidad del hombre indica una apertura a otro Tú, a otras personas, esta apertura consiste fundamentalmente el ser del hombre.

Pues el amor no depende de la presencia física de la persona amada. "el amor trasciende la persona física del ser amado y encuentra su significado más profundo en su propio espíritu, en su yo íntimo". (Frak, 1946) citado por (Pérez, 2022). Analizando que no solo menciona el aspecto físico del hombre, dentro del catolicismo se tiene que, en forma de trascendencia después de la muerte, el alma trasciende hacia Dios, esperando el encuentro pleno con él como última experiencia.

"El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo" (Benedicto, 2007) citado por (Pérez, 2022). El amor tiende a lo trascendente. La comunión

con Dios no depende de un don gratuito recibido con el ser. Dios es creador y Padre, independientemente de que los hombres crean en Él o no, de que respondan como hijos y como hermanos entre sí. De todas maneras, Dios espera conductas de los hombres como hijos y criaturas suyas, ya que como hijos, los hombres deberían vivir y actuar de acuerdo con esta naturaleza y dignidad.

3.2 El judaísmo y la trascendencia

El judaísmo es un modo de vivir. No se caracteriza esencialmente por una confesión de fe en determinadas verdades, sino por la conciencia de una historia compartida y por la asunción de unos modos de vida y pautas de comportamiento recibidos de la propia tradición. En su mismo corazón se encuentra la Torah. (Varo, 2006).

El hombre está formado por carne y espíritu o alma, y conforman ambos una unidad indisoluble. Es decir, es parte de la naturaleza, pero posee atributos de excepción que lo elevan por sobre ella. Ello significa que, en contraste con los aspectos espirituales, en su naturaleza el hombre posee naturaleza física; *basar*, en este aspecto; resume o simboliza la fragilidad humana. Posee órganos internos que, desde una perspectiva diferente, se les considera el asiento de ciertas características de la personalidad.

En el judaísmo el hombre es compuesto por cuerpo, alma y espíritu, el cual es la unidad que no se separa; es el hombre que, por naturaleza, de aquí se basa para una trascendencia, ya que de esta forma busca el cambio para la unidad con lo divino.

Una máxima que la mayoría de nosotros recordamos es: “plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo”. Logrando estas tres demandas, se consideraba posible convertirse en un hombre pleno y trascender: dejar parte de nosotros, a pesar de la muerte. (Varo, 2006).

3.3 El budismo y la trascendencia

La identidad es algo intrínsecamente imperfecto. Y por eso muchas tradiciones de sabiduría hablan de trascender: el Yo. Esto se puede entender en términos de trascender la identidad. La trascendencia no significa rodear o evitar algo: siempre es ‘a través’. (Zamany, 2020).

Para alcanzar la tranquilidad interior, necesitamos desprendernos del mundo que nos rodea, renunciar a nuestro deseo y disgusto por las cosas. Cada persona debe purificar su pecho, que es el santuario del amor perdurable del Amado, de toda contaminación, y purificar su alma de todo lo que pertenece al agua y arcilla y de todo apego oscuro y efímero. Debe limpiar su corazón tanto que no quede en él ningún vestigio de amor ni odio; no sea que ese amor le incline ciegamente al error o ese odio le aleje de la verdad. (Zamany, 2020).

En el budismo se encuentra la trascendencia en el interior de la persona que gira en torno a una paz total, en la cual se prepara alejándose del mundo y de la realidad en la que vive cada persona. Debe quitar la carga personal; teniendo la experiencia, alcanza la trascendencia.

La trascendencia en el Nirvana es la liberación del sufrimiento inherente en la existencia mediante la eliminación del deseo y del apego gracias a la percepción correcta de la realidad. Es una vivencia no reducible a conceptos o teorías, pero no por ello menos real y eficaz. El que vive el Nirvana, gracias a la visión de la realidad, vive ya de otra manera aun las actividades o sucesos más corrientes. Es una vivencia, para decirlo de algún modo. (Ergas, 2013. p. 42).

Es un estado superior de la conciencia que se plasma en una actitud de suprema disponibilidad y apertura hacia el prójimo, en la plenitud de las que podemos llamar las cuatro virtudes cardinales del budismo: la compasión, la alegría compartida, la benevolencia o amor universal y la perfecta ecuanimidad.

El Buda definió nirvana simplemente como aquella condición de liberación de la esclavitud, tormento y sufrimiento que resulta de la verdadera naturaleza de la condición mundana y de todas las cosas. Es esencial, entonces, que reconozcamos el gran valor de la visión penetrante de la verdadera naturaleza de las cosas y nos esforcemos en cultivar.

Buda se propone abrir el camino a lo absoluto. El Nirvana es lo absoluto por excelencia, es decir, lo que no es nacido ni compuesto, lo que es irreductible, trascendente, que está más allá de cualquier experiencia humana. (Ergas, 2013. p. 44).

El Nirvana no se conoce directamente, de la manera en que se conocen el color, la sensación etc, no se conoce indirectamente por su actividad de la manera en que se conocen los órganos de los sentidos. Sin embargo, su naturaleza y su actividad son objeto de conocimiento.

No se puede ver el Nirvana sino con el ojo de los santos, es decir, con un órgano trascendente, que no participa más del mundo perecedero. El problema para el budismo, como para cualquier iniciación, consistía en mostrar el camino e idear los medios para obtener ese “órgano” trascendente que puede revelar lo incondicionado. (Ergas, 2013. p. 44).

Para el Buda, solo es posible salvarse alcanzando el Nirvana, es decir, rebasando el nivel de la experiencia humana profana y reintegrando el nivel de lo incondicionado. En otras palabras, es posible salvarse muriendo a esta vida profana y renaciendo a una vida transhumana, imposible de definir o describir. (Ergas, 2013. p. 45).

3.4 El hinduismo y la trascendencia

En el hinduismo, el término *moksha* se refiere a la liberación espiritual. Se cree que cada alma está atrapada en un cuerpo material, y que cada actividad obliga al alma a volver a nacer en un próximo cuerpo con el cual disfrutar las reacciones del buen *karma* o sufrir las reacciones del mal *karma*. (Soriano, 2011).

La experiencia de *moksha* se refiere a la liberación del hombre de las ataduras del karma significa trascender al conjuro del *maia* (imagen irreal); es uno de los objetivos del hinduismo.

En el hinduismo, existen tres caminos para poder alcanzar *moksha*: *karma marga*, el sendero de la acción religiosa, también llamado *karma khanda* es el conjunto de actividades piadosas que se realizan con el objetivo de obtener un cuerpo excelente, como un dios.

El *gñana marga*, el sendero del conocimiento religioso para ello hay que distinguir la ilusión del *maia*. La meta del *gñani* (iluminado) es fundirse y ser uno con el *Brahman*, (dios espíritu único del universo)

Bakti marga, el sendero de la devoción. Dedicación a un dios en particular de todas las actividades, pensamientos y palabras; la meta es servir a ese dios en su morada espiritual y no volver a tener un cuerpo material. (Soriano, 2011).

Los textos sagrados del hinduismo afirman que el hombre es, en esencia, *atman* (alma), el espectador o testigo puro, más allá del cuerpo y la mente, y, como conciencia absoluta, idéntico a *Brahman*, (persona cuya esencia está libre de toda imperfección) el eterno inmutable, Absoluto. En el pensamiento religioso, la muerte consiste en la unión del alma individual con el alma Universal, por lo que se cree que en la muerte se pasa no a otra vida como la que conocemos en la

Tierra, sino a otra forma de existencia, que es esencialmente espiritual y aún desconocida, una forma distinta de existencia basada en la unión con el Absoluto. (Aguayo, 2009).

La trascendencia consiste en la conciencia de la unión del alma individual en la unión de la mente y el cuerpo, es un ir más allá de lo material del ser humano a la divinidad. Se describe como el eterno absoluto. El morir consiste en la unión, por la creencia se pasa a otra forma de existencia con la divinidad suprema.

En el estudio esencial de la religión se trata de estos objetivos de referencia en la religión, lo divino, que es lo que se trasciende; se analiza lo que contiene la religión y la sociedad acerca de este trascender, que se habla de una experiencia; la fe le ayuda al creyente a una determinación importante para la trascendencia hacia lo divino.

Capítulo III

La trascendencia según Zubiri

En este capítulo, se analizará el pensamiento de Zubiri, iniciando con los conceptos principales sobre la trascendencia del hombre en la religión, que compone una problemática de la realidad humana y de su dimensión espiritual trascendente. Ya que el pensamiento que realiza tiene parte teológica y filosófica, se conocerán sus reflexiones fenomenológicas que se relacionan con lo espiritual. Sigue el enfoque con una metodología en el razonamiento; que no tiene ajenas algunas cuestiones, teológicas del todo. Es por esto que analizar su pensamiento filosófico, es con la idea de destacar el fenómeno religioso trascendental en el hombre.

1. El hombre según Zubiri

El hombre es una realidad personal, es una realidad formalmente suya, es una realidad cuyo carácter formal es suidad. Es una realidad relativamente absoluta frente a todo lo demás, y frente a todos los demás. Y lo es, repito, formalmente. Por esto, esta suidad, está relativamente absoluto, es por tanto vida. Vida, en efecto, es posesión de sí mismo como realidad, es autoposesión. Ahora bien, esta autoposesión se va realizando. (Zubiri, 1983. p. 42).

El decir que el hombre es realidad personal es un proceso, en el cual se describe como inteligencia sentiente; lo denomino Zubiri de esta forma porque comparte con el animal la estimulidad, pero dentro de la estimulidad es la forma en cómo aprende el animal; sin embargo, el hombre tiene la razón, que lo hace diferente de ello. Pasa a ser animal de realidades, ya que el hombre está en la realidad, en la que sigue siendo sentiente. La vida es posesión del hombre como suya; el hombre la vive. (Zubiri, 1983. p. 42).

La vida es ir tomando posesión de su propia realidad en cuanto tal. En definitiva, la persona se va haciendo viviendo. La vida, es realización personal. Y esta realización se lleva a cabo ejecutando acciones. Las acciones no son la vida sino que, por el contrario, la vida se va plasmando en acciones, y solo por esto tales acciones son vitales: las acciones son vitales porque son la posesión de sí mismo. La persona se va haciendo al ir ejecutando acciones; recíprocamente, las acciones se ejecutan porque la vida se plasma en ellas. Tomadas por sí mismas, las acciones no son la vida, sino el argumento de la vida. (Zubiri, 1983. p. 42).

¿Qué es el hombre según sus acciones? son en primera línea actuaciones de mis potencias y de mis facultades. Toda acción es propia del sistema sustantivo entero en que cada hombre consiste. No hay acciones tan solo de sentir, de intelectuar, y de querer.

El hombre es así, ante todo, agente de sus actos, o lo que es lo mismo, es el agente de su vida: se posee a sí mismo por la actuación de sus potencias y facultades. (Zubiri, 1983. p. 42).

Es el cuadro de una vida que, antes de ejecutar sus acciones como agente, y precisamente para poder ejecutarlas, le ha sido dado. La vida no empieza en el vacío, sino en determinado contexto vital. Podemos también incluir en este contexto, parcialmente por lo menos, fenómenos tales como la vocación.

El hombre, a la vez que agente de su vida, es actor de su propia vida. La persona es en cierto modo el gran personaje de su vida con sus potencias y facultades, y dentro de su contexto ya trazado, el hombre ejecuta sus acciones. (Zubiri, 1983. p. 43).

Ejecutando las acciones como agente, actor y autor de ellas, es como el hombre realiza su vida personal. En esta realización se realiza, como persona, esto es, va cobrando realidad como relativamente absoluto. (Zubiri, 1983. p. 43).

El hombre es persona por poseer inteligencia sentiente, cuyo acto formal es impresión de realidad. Como la intelección es la mera actualización en la inteligencia sentiente de lo que lo aprehendido es de suyo, esto realmente, resulta innegable que la realidad es aquello en que no sólo de hecho, sino de una manera constitutiva, es decir, esencial, se apoya el hombre para ser lo que realmente es, para ser persona. (Zubiri, 1983. p. 45).

En primer lugar, la realidad, entendida no como cosa real, sino como la formalidad del de suyo, es algo último en mis acciones; último no tan sólo respecto de las cosas mismas, sino de las acciones de mi persona. (Zubiri, 1983. p. 45).

La realización de mi persona como relativamente absoluta, está absolutamente impuesta por la realidad misma. El hombre no sólo vive en la realidad y desde la realidad, sino que el hombre vive también por la realidad. La realidad no sólo es última y posibilitante; es también impelente. (Zubiri, 1983. p. 46).

La persona, pues, está fundamentada en lo real. Se trata evidentemente de la fundamentalidad de lo real formalmente en cuanto real, es decir, de la fundamentalidad de la realidad. Nos preguntamos, ¿En qué consiste en la realidad misma? su carácter fundamental. (Zubiri, 1983. p. 46).

La fundamentalidad de la realidad respecto de mi realidad personal, no se trata de la funcionalidad de lo real en tanto que real. No se trata, pues, de fundamentalidad en el sentido de causalidad. Ciertamente, hay una funcionalidad mía respecto de lo real en tanto que real: yo nazco, tengo unos ciertos dotes. (Zubiri, 1983. p. 47).

2. El poder de lo real

El poder de lo real está vehiculado en y por las cosas reales; Dios está en la realidad constituyéndolas como reales. Es la trascendencia de Dios no allende las cosas, sino en las cosas. Tratándose de esta realidad, que es la persona. (Zubiri, 1984. p. 50).

Las cosas reales pueden dominar unas sobre otras. Este poder puede ser dominante según dos líneas. Una es la línea de las cosas reales, son las cosas reales; como poderosidades reales. Pero hay dominancia también en otra línea: no en la línea de las cosas reales, sino en la línea del momento mismo de realidad en cuanto real. (Zubiri, 1984. p. 50).

Ya no se trata de poderosidades, sino del poder de lo real en cuanto tal. Este poder es el fundamento, la fundamentalidad de mi realidad personal. Es de este poder de lo real de lo que hemos venido tratando. Es este poder aquella dominancia según la cual la realidad, lo real en cuanto real, se apodera de mí.

Soy realidad personal gracias a este apoderamiento, de suerte que este poder de lo real es una especie. La ligadura es justo religación; al poder de lo real es como estamos apoyados en él para ser relativamente absolutos. (Zubiri, 1984. p. 51).

De suyo la religación que afecta al hombre no separadamente de las cosas, sino que en alguna forma afecta a todo. Pero sólo en el hombre es formalmente religación, sólo en él es el acontecer formal de la fundamentalidad. (Zubiri, 1984. p. 51).

Y esta unidad tiene cuando menos tres caracteres. En primer lugar, en esta religación al poder de lo real el hombre, tiene experiencia de lo que es el poder de lo real, y por consiguiente una experiencia de lo que es la realidad misma como poder. La religación tiene, pues, carácter experiencial. (Zubiri, 1984. pp. 52-53).

¿Qué es experiencia? Es ante todo una especie de prueba a que se somete algo, una prueba que no es mera comprobación, por ejemplo conceptiva, sino que es el ejercicio mismo operativo del acto de probar: es probación física. ¿De qué? De la realidad de algo.

La experiencia es, pues, probación física de realidad. El hombre se dirige a la realidad para buscar un apoyo en ella, y a su vez esta realidad tiene gran riqueza de notas, las cuales son una talificación del momento de realidad, y por tanto quedan determinadas por este momento como posibilidades de realización. (Zubiri, 1983. p. 53).

El hombre, haciendo religadamente su propia persona, está haciendo la probación física de lo que es el poder de lo real. Es la aprobación de la inserción de la ultimidad, de la posibilitación y de la impelencia en mi propia realidad.

Al hacerme realidad personal, soy, pues una experiencia del poder de lo real, y por tanto de la realidad misma. Esta probación se va ejercitando por todas las rutas individuales, sociales e históricas. La religación al poder de lo real no es solamente experiencial, sino que es una manifestación del poder mismo de lo real.

El que sea una manifestación en esta línea muestra que lo manifestado, a saber, el poder de lo real, tiene manifiestamente un carácter enigmático. La religación al poder de lo real es la experiencia que manifiesta lo enigmático de este poder de lo real. La religación, es pues no sólo experiencial y manifestativa, sino que es también enigmática. (Zubiri, 1983. p. 53).

3. Religación

El término religación deriva del verbo religare; con ello no hace alusión a algún tipo de experiencia religiosa; por el contrario, se trata de una dimensión de la existencia humana, y es la que posibilita no solo la existencia de diversas religiones, sino además que algunas personas decidan no tener ninguna religión. La religación es como un vínculo a lo que nos hace ser.

Este poder de lo real está vehiculado en y por las cosas reales; Dios está en la realidad constituyéndolas como reales. Es la trascendencia de Dios no allende las cosas, sino en las cosas. Tratándose de esta realidad, que es la persona. (Zubiri, 1984. p. 51).

Se trata de un poder que se nos presenta ante todo como el poder de lo alto, el altísimo. Es un poder del tiempo como mensura viva de la realidad, es un poder de separación de formas, es un poder de germinación de la realidad, es un poder de organización, sobre todo de la vida, es un poder del futuro, un poder no solo de la realidad material, sino también intelectual del hombre, es el poder de la intimidad personal que vincula a los hombres en familias, tribus y naciones; es el poder que lo llena todo, lo mismo en el espacio que en el tiempo. Es el poder que se cierne sobre la vida y sobre la muerte, el poder que dirige la vida social. (Zubiri, 1984. p. 51).

La religación es ante todo un hecho, como la misma realización personal. Pero se trata de un hecho total, ya que afecta a la realidad personal entera. También es un hecho radical, porque es la religación a la realidad lo que configura a la persona. (Zubiri, 1935. p. 361).

La religación es una dimensión de la persona humana. No es una teoría, sino un hecho. En cuanto persona, pues, el hombre está enfrentado con el poder de lo real.

Para Zubiri estamos obligados a existir porque previamente estamos religados de esa manera alcanza a la religión a lo que nos hace existir. Ese vínculo del ser humano es la religación, que nos hace ser como personas.

La persona no está simplemente vinculada a las cosas o dependiente de ellas, sino que está constitutiva y formalmente religada al poder de lo real. La religación es ante todo un hecho perfectamente constatable. (Zubiri, 1984. p. 51).

La religación es un hecho total, integral, básico y radical. Es la raíz misma de la realidad personal mía. No sólo es hecho constatable y total, sino que es ante todo y sobre todo hecho radical. La religación, por tanto, no es una función entre mil otras de la vida humana, sino que es la raíz de que cada cual llegue a ser física y real.

La religación no es obligación, porque, por el contrario, la obligación presupone la religación. Estamos obligados a algo porque previamente estamos religados al poder que nos hace ser. Para estar obligados, tenemos que ser ya realidad personal, y sólo somos realidad personal por estar religados; en la obligación estamos sometidos a algo por ser realidades personales. (Zubiri, 1984. p. 52).

En la religación, por el contrario, no vamos a, sino que, previamente, venimos de. Es, si se quiere, un ir, pero un ir que consiste en acatar aquello de dónde venimos en el sentido de dependencia. (Zubiri, 1984. p. 72).

Todo sentimiento es afectante, al igual que toda intelección es sentiente; para que haya un sentimiento de dependencia, tiene que actualizarse el momento de realidad como algo a lo que estoy ligado, como algo anterior al sentimiento mismo.

Me encuentro religado a la realidad en su poder. La religación es religación al poder de lo real. El hombre es relativamente absoluto, precisa y formalmente porque está religado a la realidad como poder. La fundamentalidad acontece en religación al poder de lo real. (Zubiri, 1984. p. 52).

La religación no es algo que afecte exclusivamente al hombre, a diferencia, y separadamente, de las demás cosas, sino a una con todas ellas. Por esto afecta a todo. Sólo en el hombre se actualiza formalmente la religación. (Zubiri, 1984. p. 361).

El poder de lo real es lo que nos lleva a nosotros mismos por una ruta que lleva de la persona humana a una realidad absoluta: es lo que entendemos por realidad de Dios. El hombre encuentra a Dios al realizarse religadamente como persona. Lo encuentra en todo el ámbito del poder de lo real; por tanto, en todas las cosas reales y en la propia persona.

4. Dios según Zubiri

El carácter enigmático de la realidad no es algo ajeno al poder de lo real. Todo lo contrario. Precisamente porque la realidad es enigmática es por lo que estamos religados al poder de lo real en forma problemática. El poder de lo real es un poder enigmático, y en su virtud la religación me religa a él en forma problemática. Lo problemático de la religación es la vivencia de lo enigmático de la realidad. He aquí lo que significa la afirmación que tantas veces hemos repetido: estamos religados físicamente al poder de lo real de un modo problemático. (Zubiri, 1984. p. 79).

El poder de lo real no sólo nos determina físicamente de un modo problemático, sino que esta determinación es el problema mismo del fundamento de la estructura de la realidad en cuanto tal. La religación es religación a la realidad en su enigma. El poder de lo real, se funda en la índole

de la realidad en cuanto realidad. El poder de lo real, como determinante de mi relativo ser absoluto, es un poder que se funda en la realidad misma. (Zubiri, 1984. p. 79).

Todas las cosas son reales, pero ninguna es la realidad. Pero la realidad es real porque me determina físicamente haciéndome ser relativamente absoluto. (Zubiri, 1984. p. 79).

Este poder de lo real lo encuentro en la realidad concreta de cada cosa. Lo cual significa que la realidad, absolutamente absoluta es, Dios, está presente formalmente en las cosas, constituyéndolas como reales. La presencia de Dios en las cosas reales es primariamente de carácter formal. Dios no está primariamente presente en las cosas reales como la causa lo está en su efecto, sino que lo está formalmente constituyéndolas como reales. (Zubiri, 1984. p. 80).

Dios no es una, realidad que está ahí además de las cosas reales y ocultas tras ellas, sino que está en las cosas reales mismas de un modo formal. Por tanto, la realidad absolutamente absoluta es ciertamente distinta de cada cosa real, pero está constituyentemente presente en esta de un modo formal. Por esto es por lo que toda cosa real es intrínsecamente ambivalente. Cada cosa, por un lado, es concretamente su irreducible realidad; pero, por otro lado, está formalmente constituida en la realidad absolutamente absoluta, en Dios. (Zubiri, 1984. p. 81).

La vida personal del hombre consiste en poseerse haciendo religadamente su yo, su ser, que es un ser absoluto cobrado, por tanto, relativamente absoluto (primer paso). Este ser absoluto es cobrado por la determinación física del poder de lo real. (Zubiri, 1984. p. 81).

Como algo último, posibilitante e impelente. Como momento de las cosas y determinante del Yo, el poder de lo real es más que la realidad y, por tanto, que el poder de cada cosa real concreta. Pero el poder de lo real se funda esencialmente en la índole misma de la realidad. (Zubiri, 1984. p. 81).

Es decir, mi ser se funda en Dios en cuanto constitutivamente presente de un modo formal en lo que las cosas tienen de reales. Las cosas reales, por su poder de lo real, al darme su propia realidad, me están dando a Dios en ella misma. (Zubiri, 1984. p. 81).

Sólo es Dios en tanto que Dios es aquella realidad que es absolutamente última, fuente de todas las posibilidades que tiene el hombre para vivir, y en quien se apoya para tener que ser. Ninguno de estos momentos aisladamente considerados constituye lo que todos entendemos. (Zubiri, 1984. p. 82).

Dios es fundamento de que la realidad sea posibilitante para el hombre. Todas las posibilidades humanas se inscriben en la realidad. Pues bien, como fundamento del carácter de realidad, Dios no es una posibilidad más, sino la posibilidad de las posibilidades. Es la posibilidad absoluta. Es otro tipo de fundamentación; de ahí que el hombre, por el poder de lo real, se halla vertido a Dios como posibilitante absoluto: es Dios donante de posibilidades. (Zubiri, 1984. p. 82).

Dios es el fundamento de la realidad como ultimidad radical, como posibilidad de posibilidades, como forzosidad de mi realización como ser absoluto. Son tres modos distintos de fundamentación, y por tanto, de funcionalidad de lo real respecto de Dios. No pueden reducirse a ninguna de las cuatro causas clásicas, y menos aún, yuxtaponese entre sí; por el contrario, por ser realidad absoluta, Dios es a una y formalmente realidad última, posibilitante e impelente. Por esto es por lo que es Dios en tanto que Dios. (Zubiri, 1984. p. 82).

El poder de lo real, según ha visto, está fundado en Dios como presente formal y constituyente en las cosas reales. Lo cual significa que de alguna manera el poder de lo real

Envuelve intrínseca y formalmente como momento suyo el poder de la realidad absolutamente absoluta, esto es, el poder de Dios, mejor dicho, a Dios como poder. (Zubiri, 1984. p. 84).

5. La trascendencia según Zubiri

La trascendentalidad es la estructura del de suyo en cuanto tal esto es una estructura que concierne a la realidad en cuanto tal; impresivamente aprehendida. (Zubiri, 1980. p. 114).

La inteligencia es conciente (de quien la concibe). La inteligencia sentiente nos lleva a un concepto de la trascendentalidad. Trascendentalidad es el momento según en el que se trasciende así mismo. (Zubiri, 1983. p. 114).

Es aquello que constituye el término formal de la inteligencia, a saber la realidad. Esta realidad está presente en la impresión; la trascendentalidad consiste en que el trans mismo; este trans es estar dentro de la aprehensión.

Para Zubiri, qué sea trascendentalidad depende de cómo se conceptúe el trans mismo, haciendo hincapié nuestro autor en que trans no significa estar allende, osea, más allá de la aprehensión misma de realidad que tenemos a través de nuestra inteligencia sensible, puesto que si así fuera, nos encontraríamos con una aprehensión de realidad como aprehensión de lo que en y por sí mismo es real allende la aprehensión, es decir, con una aprehensión de lo que es trascendente allende la impresión.

Es un carácter interno a lo aprehendido, en el cual nos sumerge en su realidad misma. Este carácter es de suyo y es esta realidad de la que de una manera había que pensar. El rebasar lo

intraaprehensivo es trascendental; la trascendencia es aquello que es concebido ser u objeto. (Zubiri, 1983. p. 115).

Lo propio de lo que constituye el término formal de la intelección sentiente por lo real es trascendental, por razón de su realidad como formalidad propia. (Zubiri, 1983. p. 117).

La trascendentalidad de la formalidad es de sí mismo realidad, es una formalidad de impresión y la trascendencia en la impresión de la realidad, es donde se descubre la trascendentalidad como un ex. Se trata de una extensión de la formalidad de la realidad (Zubiri, 1983. p. 118).

La inteligencia sentiente intelige la realidad en todos sus modos y trasciende en la unidad de todos ellos. (Zubiri, 1983. p. 126).

El carácter de lo trascendental de la persona

La consideración transcendental es más importante, si cabe, en el tema de la persona, pues, como se ve, en cuanto a la realidad personal, sólo se capta en su verdadera profundidad considerándola en el plano transcendental. (Zubiri, 1976. p. 117).

En efecto, entre las cosas y las personas hay un cambio de nivel transcendental que los griegos no vieron pues calificaban todos los seres como cosas. En palabras de Zubiri, las cosas, en su propio carácter de realidad, se encuentran abiertas a formas distintas. Pensemos en el caso entero de la filosofía griega. Cuando Aristóteles nos habla de la realidad, él no habla de realidad, habla de ser, pero para el caso es igual; no se le ocurría nunca apelar a la realidad en cuanto tal en su dimensión personal. Un griego no habría tropezado jamás con la dimensión personal de la realidad

humana. Hizo falta probablemente el cristianismo para pensar en la persona. (Zubiri, 1976. p. 118).

Como ha explicado Zubiri, el pensamiento humano ha funcionado durante centurias con unos esquemas mentales, que eran una especie de ‘metro’ para medir la realidad. Y es difícil cambiar en esos esquemas. Así constata que durante siglos se ha pensado que las cosas eran siempre cuerpos: Ha hecho falta la commoción de la física cuántica, afirma, para introducir muy dificultosamente, pero con éxito indiscutible, la idea de que lo real allende no siempre es cuerpo. Las partículas elementales, en efecto, no son corpúsculos, sino que son otra clase de cosas materiales.

La mensura de lo real se emprendió con un metro determinado: el metro era cuerpo; la marcha hacia la realidad nos ha abierto a otras cosas reales materiales que no son cuerpos. (Zubiri, 1980. p. 10).

6. La religión según Zubiri

La religión es la plasmación de la religación, porque asume el carácter de una concepción de Dios del mundo y del hombre. La religión tiene, en primer lugar, un rasgo diferente que depende de las ideas en torno a Dios, la visión politeísta, panteísta y monoteísta. A cada uno de estos tres conceptos, que es verdadero a su manera, el hombre llegó por distintos lados. (Zubiri 1982. pp. 222-224).

La religión empieza por la religación; es entendida como análisis de los hechos, distinguiéndose así del método fenomenológico que trata de comprender el sentido de las

experiencias religiosas. Esta perspectiva asume un carácter hermenéutico por la distinción entre comprensión y explicación; Zubiri se sitúa en el hecho de la religación al poder de la realidad.

La religión tiene el concepto de Dios en el hombre y en el mundo, porque se tiene la visión del hombre en torno a Dios, la concepción de esta manera es por de parte del hombre. Busca lo divino. La concepción que el hombre tiene no es igual, ya que en distintas religiones tienen un Dios. Y otros más de uno, ya que no es una norma, sino la libertad del hombre en su unión con un ser divino.

El hombre aprehende intelectivamente; hace de todas las cosas un enigma que el hombre trata de traspasar. De esta suerte, en el tránsito de la divinidad, haciendo pleno uso de su libertad, el hombre puede entregarse a Dios mediante la fe. “La religación plasmada en espíritu objetivo es la religión” (Zubiri, 1944. p. 288). La religión es el objetivo que envuelve una concepción de Dios y del mundo, dentro de la cual cada persona vive su encuentro personal con la divinidad.

La religión no es una propiedad ni una necesidad; es algo distinto y superior: una dimensión formal del ser personal humana. Religión, en cuanto tal, no es ni un simple sentimiento, ni un nudo conocimiento, ni un acto de obediencia, ni un incremento para la acción, sino actualización del ser religado del hombre. En la religión no sentimos previamente una ayuda para obrar, sino un fundamento para ser. (Zubiri, 1944. p. 374).

En un primer momento, el texto nos hablaba de la palabra religación, palabra que en el siguiente apartado se da completo a esta religación del hombre.

7. El conocimiento religioso

La razón es conocimiento, comenta Zubiri, y conocer es buscar el fundamento de lo aprehendido. La búsqueda del fundamento de la manifestación campal y mundanal de la realidad plenaria es lo que especifica al conocimiento de Dios. Mientras el conocer en general busca la realidad-fundamento de lo actualizado en el campo, el conocimiento religioso busca la realidad-fundamento del poder de lo real y de sus sentidos teístas campales. La mentalidad religiosa es por ello el conocimiento concreto de lo que Dios podría ser en el fondo.

El conocimiento intenta explicar la realidad divina a partir de un sistema de posibilidades campalmente sugeridas. Dichas posibilidades son las vías precisas a través de las cuales se despliega la libre actividad del conocer, la libertad para crear y construir el contenido fundamental de la realidad absolutamente absoluta. Ahora bien: el conocimiento religioso tiene una estructura formal propia, como la tiene todo conocimiento. Según Zubiri, los momentos del conocer, si se deja aparte el problema de la verdad, son la objetualidad y el método, pudiéndose distinguir en este último todavía otros tres momentos: el sistema de referencia, el esbozo y la experiencia. ¿Cuál es el carácter de esta compleja estructura tratándose del conocimiento religioso?

Capítulo IV

Trascendencia el hombre actual

1. Espiritualidad y religión

El Diccionario de la Real Academia Española (2001) define la espiritualidad como “1. Naturaleza y condición de espiritual. 2. Cualidad de las cosas espiritualizadas o reducidas a la condición de eclesiásticas. 3. Obra o cosa espiritual. 4. Conjunto de ideas referentes a la vida espiritual”.

Inicialmente, tener presente la definición de los conceptos para después analizar qué son para partir hacia el hombre. Es una definición que se considera que es completa; habla de todo lo que abarca la palabra.

En el Diccionario de espiritualidad (2005) se encuentra que “ningún ser humano puede vivir sin espíritu, especialmente si se mueve con hondas motivaciones y convicciones. Pertenece, pues, al sustrato más profundo del ser humano.

En consecuencia, el hombre desarrolla una apertura hacia la comprensión de la experiencia espiritual reconociéndola como una condición inherente a él, por tanto la espiritualidad se manifiesta en quienes buscan otorgar un sentido trascendente a su existencia, representando las motivaciones y aspiraciones que emergen del orden del espíritu,. En sus concepciones fundantes, la espiritualidad no es solo un conjunto de ideas, sino la fuerza moral y ética que posibilita la transformación del hombre y la expansión de sus ideales a al absoluto.

La espiritualidad es la puerta que moral y éticamente está abierta al cambio, entendido como aquella, que posibilita la significación de cada espíritu y la expansión de sus ideales. Siempre

con miras al colectivo, a lo nuestro, a aquello que nos es, de lo que soy parte sin perder mi esencia, porque es precisamente esa esencia, la mía y la del otro, es que construye el mundo, la cultura, la vida. (Vargas, 2015. p. 460).

Al decir moral y ética, es porque la espiritualidad que tienen o adquieren las personas les produce un cambio. Cada persona, cuando pone en práctica su espiritualidad de la manera en como la han ido formando, personal y religiosamente, ya que en cada persona varía según sea el caso de la religión que practique, siempre es hacer el bien, en lo cual no se pierde la cultura.

Dentro del pluralismo religioso en el que vivimos, hay que trabajar también en el campo de las religiones y en el campo del lenguaje humano, la posibilidad de percibir el trascender del hombre, en el camino que Dios hace hacia nosotros, el trascender nuestras mediaciones religiosas y conseguir así alumbrar en nosotros su verdad. (Vidal, 1999. p. 601).

En este pluralismo religioso se debe dar una profundización en las religiones; dentro de ellas el hombre percibe la trascendencia en el camino de Dios. Es así como cada persona ve la religión como verdad, incluso en ocasiones como verdad absoluta.

2. El hombre religioso

Parte de la experiencia moderna que puede caracterizarse como realizadora en su desarrollo ha hecho del hombre la fuente de la verdad, de los valores y del sentido, de manera que el hombre se ve forzado a rehacer el camino de la filosofía apoyado en la única realidad.

La fenomenología de la religión describe y reflexiona sobre los datos empíricos, en la confrontación existencial. En filosofía es un ámbito social; se muestra de esta forma, de la religión

como del análisis, la interrogación, para disipar dudas en el hombre y en la búsqueda de su origen y su fin. (Hernández, 1999, p. 56).

Dentro de la religión se tiene la confrontación existencial, en la cual se realiza un análisis personal, dentro de la religión, sobre el origen del mundo, de la vida, en la búsqueda de saber más; así aclara sus dudas en el sentido de la dependencia religiosa, como experiencia social.

En el hombre aparece una necesidad de la religión para su vida. Esto se aborda en un contexto sociocultural, cuando busca fundamentar las realidades últimas del ser humano; pensar que existe un deseo o anhelo de la religión y, por lo tanto, trascender.

De la cultura nace el problema de la irrealidad, la decisión entre pensamiento y facticidad, entre necesidad y contingencia, la fisura entre espíritu y materia. Hay miles de dualidades y, al final, tenemos que reconocer el conjunto global de la cultura. “Del malestar de la cultura pasamos a la cultura como malestar. Lo problemático son las dualidades que la cultura produce en la realidad. Vistas las cosas desde esta óptica, la historia de la filosofía es la historia del problema generado por nuestra cultura”. (Vega, 2003, p. 88).

La cultura, siendo un fenómeno social, se liga a la religión en el sentido que trata de pensamientos modernos; el ser humano puede llamar irreal a la religión por este hecho. Hay una fractura en la persona por la dualidad en materia y espíritu, porque no se va más allá de sí por sí sola, como se menciona de una dualidad, sino que hay una mezcla en la religión; en el hombre hay dos vertientes que se pueden manejar y provoca la realidad por la vista objetiva e histórica, aludiendo así, a la cultura que desprende ahora religiosa.

Así pues, el hombre es donde abre paso a los valores espirituales y a lo sagrado, pero si él se define como una tendencia a lo divino y esa tendencia no es una obra de una estructura

localizable, sea esta de orden biológico, que se habla, se sitúa una esencia axiológica y moral del hombre, en esa dimensión a la vez superior y única que es la persona. (Ayala, 2005, p. 85).

Las interpretaciones en el ámbito religioso hacen de manifiesto la originalidad y la posibilidad de reducirla a una doctrina que en otros aspectos la tienen como si interviniieran de ella los sentimientos. Antes de que el hombre experimente lo espiritual, ya debe ser un hombre virtuoso. De manera que plasma lo mejor de sí para ese paso que se quiere dar, pues a lo que se tiende es a algo único y superior al hombre; es un fenómeno que lo marca de manera plena.

La cuestión antropológica sobre la aceptación o no de la trascendencia humana, porque se trata de dar respuesta al misterio del hombre, que en la tensión insuperable entre su finitud y su aspiración ilimitada, lleva dentro de sí mismo la pregunta irrenunciable del sentido último de su vida.

3. La experiencia religiosa

La vivencia religiosa conoce sin duda una serie de formas extraordinarias. Así, por ejemplo, las visiones y audiciones, que tienen un carácter de percepción sensible y se viven como algo que afecta al hombre, tienen un papel importante no sólo en los grandes fundadores religiosos, sino también en otras personas. (Schmitz, 1987. p. 57).

Se habla de experiencias místicas en las que las relaciones del hombre y de la divinidad parecen incorporarse y alinearse en una unidad experimental desempeña también un papel los éxtasis, el entusiasmo y los estados de trance, en los que parece diluirse y vaciarse la conciencia, porque lo divino se ha adueñado por completo del hombre. (Schmitz, 1987. p. 57.).

Las vivencias extraordinarias se dan también fuera de la vivencia religiosa, que además no termina en esas formas extraordinarias; normalmente la vivencia religiosa representa una orientación interna a la presencia de lo santo-divino, en que el papel primero y decisivo no les corresponde al sujeto y su vivencia, sino a lo santo-divino y a su presencia misteriosa. De otro modo no se comprendería por qué el hombre religioso se lamenta con tanta frecuencia de que su vivencia carezca de la sagacidad, hondura y fuerza adecuadas para captar lo santo-divino, que se esconde detrás. (Schmitz, 1987. p. 58).

4. El hombre actual

En la actualidad, no se puede atribuir a una sola causa como contenido espiritual y material, en los que se han producido cambios históricos, en los que se puede contemplar la situación en una época en su totalidad, como en esta época, cuanto el hombre más conoce, mayor parece el misterio. Tiempo antes de que se produjeran efectos, estaban en proceso de los cuales una situación espiritual, ya que esa técnica es la manera de pensar de este mundo, donde se diferencia lo verdadero y lo falso, de instrumentos, la transformación estética del mundo; comenzaron los procesos espirituales que les debían conducir hasta una situación actual.

La relación entre la religión y el mundo, entendiendo aquella como conjunto de creencias que vinculan al hombre con lo sagrado y divino, como sociocultural en el que la vida humana se despliega, forma parte de la cultura humana desde sus orígenes. (García, 2014. p. 10).

Entre la religión cristiana y el mundo con el que coexiste. En ellos se ejemplifica la situación y estrategia seguida por el cristianismo en relación con su mundo o entorno sociocultural. Es época de rupturas y afirmación de entramados socioculturales diferentes en los que se expresa

la subjetividad individual de los pueblos de Occidente en forma de estados soberanos, lenguas modernas, conciencias cambiadas e incluso cristianismos diferenciados. (García, 2014. p. 11).

Es una época de choque con valores, tales como la razón dogmática, la ciencia natural y la libertad revolucionaria. La iglesia, ante instancias que ya no controla, adopta una actitud defensiva. (García, 2014. p. 11).

5. La Nueva Era

Es una corriente de pensamiento con influencias muy variadas, a la manera de un verdadero eclecticismo. La expresión Nueva Era se atribuye a una ocultista inglesa de nombre Alice Anne Bailey (1880-1949), que lo utilizó en algunas de sus obras como Discipulado en la Nueva Era o La Educación en la Nueva Era y que en 1932 fundó una asociación llamada Buena Voluntad Mundial con el fin de preparar a la humanidad para un cambio radical. Impulsado por un Instructor Mundial. Un Instructor Mundial es un maestro espiritual que los seguidores de la Nueva Era (NE) consideran como de otra dimensión u otro plano de existencia en el que la conciencia está más desarrollada. La misión de este maestro espiritual consiste en mostrar el camino que debe seguir la humanidad para avanzar en la senda espiritual.

El cuerpo doctrinal de la NE es muy complejo debido a la mezcla de corrientes que la abastecen de temas que pasan desde el esoterismo hasta la magia y hechicería. Las religiones paganas, el budismo, el hinduismo, el satanismo y el ecologismo, las religiones antiguas, la astrología y el espiritismo. También incluye su propia versión de asuntos científicos adecuados a su doctrina, entre los que destacan la psicología transpersonal y la física cuántica. Ha desarrollado su propio sistema cultural. Cuenta con una amplia variedad de obras literarias que encuentran

expresiones en la poesía. El cuento. La novela, el cine y, desde luego, la música, que es bastante variada, incluye sonidos de la naturaleza. Ritmos monótonos y tiempos lentos que inducen un estado de relajación adecuado a los métodos de meditación oriental. (Sánchez. 1999. p. 58).

5.1 Gnosticismo

La gnosis es un movimiento anterior al cristianismo, pero que de alguna manera ha permanecido hasta nuestros días con algunas variantes. Su doctrina central consiste en pensar que la salvación se obtiene mediante el conocimiento. El término gnosticismo designa un gran número de sectas surgidas durante la época del cristianismo primitivo cuya finalidad primordial consistía en buscar conocimientos ocultos que llevaran al hombre a la salvación sin tomar en cuenta la fe o el comportamiento de la persona.

La gnosis cristiana se caracterizó por una dualidad divina entre el dios identificado con el Yahvé del Antiguo Testamento bíblico y un dios de carácter trascendental que habría sido predicado por Jesús y del que sería posible extraer referencias también en el Antiguo Testamento. (Jiménez, 2016. p. 227).

La dualidad divina comprende de la misma forma una dualidad en la comprensión de la Creación. Fruto de la obra material del Demiurgo o Yahvé, se encontraría muy por debajo de la realidad trascendental y espiritual que comparte la naturaleza de la divinidad última, el Uno o Padre inefable, de la que también forman parte los cristianos gnósticos. (Jiménez, 2016. p. 228).

Supone así un rechazo de la vida terrenal, un anticosmismo respecto a toda la creación demiúrgica que contrasta con la auténtica naturaleza espiritual del dios verdadero y del gnóstico, que se diferencia del resto de cristianos, de judíos y de paganos fruto del dios creador y la materia.

El pensamiento gnóstico comprende además un elemento escindido del dios trascendental o Padre que inicia el proceso de creación del Demiurgo y su obra material. El proceso de definición del dios trascendente en el sistema gnóstico es muy complejo y variado según los grupos, consistente en una serie de emanaciones en serie por voluntad del Uno de figuras denominadas eones, que en conjunto forman el pleroma, región superior de los elementos espirituales a la que aspira a llegar el gnóstico. (Jiménez, 2016. p. 228).

5.2 Esoterismo

En la antigüedad, las obras de algunos filósofos se catalogaban como esotéricas. Cuando estaban destinadas al grupo iniciado en las doctrinas de alguna escuela; mientras que la palabra exóticas se aplicaba a las obras abiertas a círculos fuera de la comunidad de iniciados (uso la palabra iniciados sin ninguna connotación ocultista o esotérica y refiriéndola solamente al grupo de personas con conocimiento de alguna doctrina). Actualmente, el esoterismo pretende ser una ciencia de las leyes ocultas que rigen el cosmos y que, por analogía, se aplican a la existencia humana. Algunos quieren encontrar el origen de esta tradición en la Atlántida y en Egipto. Civilizaciones que, según estas creencias, estaban ligadas en tiempos muy remotos.

El origen de esta Divina Sabiduría o Teosofía, como también se la designa, se pierde en la oscuridad de los tiempos y, sin duda, esta oculta tradición es la más antigua, profunda y completa revelación de los divinos misterios que haya sido dada al mundo por jerarquías pertenecientes a otras esferas. Es por ello que en cada generación unos cuantos sinceros e iluminados pensadores, comprendiendo la trascendental significación de esta doctrina, han investigado y restaurado la Sabiduría Arcana para el provecho y redención de la humanidad. (Abelardo, 1953. p. 7).

La persona que busca una respuesta a la incógnita del tiempo, como también una solución a los múltiples problemas de la vida, se vuelque cada día en mayor proporción a estas enseñanzas que en su magnitud involucran todos los conocimientos y sabiduría que se encuentran en el cosmos (Abelardo, 1953. p. 8).

El Conocimiento Esotérico ofrece un conjunto de enseñanzas de profunda verdad y sensatez para el que se disponga a desarrollar sus posibilidades latentes que, por su incalculable trascendencia, se pierden en el infinito. (Abelardo, 1953. p. 8).

El hombre moderno puede hallar en estos conocimientos una visión maravillosa del esquema divino, cuya magnificencia producirá en él una devoción hacia Dios no sentida antes, junto con una comprensión intelectual y una respuesta a los variados problemas de la vida, quedando en esta forma su mente satisfecha al saber cuál es el objeto y la finalidad del universo y de su existencia.

5.3 Religiones orientales

La Nueva Era adopta de una manera sincretista una serie de doctrinas provenientes de las religiones orientales. Como el hinduismo el jainismo, el budismo, el taoísmo y el confucionismo, que comparten algunas creencias, si bien cada una de ellas tiene sus peculiaridades.

El hinduismo, tiene una antigüedad aproximada de 3500 años y se funda en una serie de cultos primitivos ligados a la naturaleza. Cuenta con una serie de libros sagrados que fueron compuestos a lo largo de muchos siglos, como los vedas (Rigveda, Yajurveda, Sama veda, Atarveda, Brahamanas y Upanisads), las epopeyas (Mahabharata, Ramayana) y los puranas (Bhagavata-purana, Devi-Bhagavata-purana, Vrahmaitas). En estos libros encontramos himnos,

alabanzas, invocaciones. Rituales, cantos, encantamientos, exorcismos, especulaciones de tipo filosófico, enseñanzas sobre la ley, genealogías y relatos.

El jainismo: Esta religión surge como una herejía del hinduismo que básicamente se distingue del anterior por buscar la liberación mediante una ascesis rigurosa en la que, entre otras cosas, está prohibido quitar la vida a cualquier ser animado, mentir y robar o cualquier apego terrenal. Hoy en día, la mayor parte de sus seguidores vive en Bombay.

El budismo: Al igual que el jainismo, también es una herejía del hinduismo que pretende hallar la liberación o iluminación a través del camino intermedio que se encuentra en las Cuatro Nobles Verdades y el Sendero Óctuple, que aparece como el medio entre la búsqueda hinduista de la emancipación por el conocimiento y las obras. Y el austero ascetismo de los jainies para alcanzar el mismo.

Destacar que tanto la primera como la segunda noble verdad (el sufrimiento y la causa del sufrimiento) se corresponden con la imagen de la rueda de la vida. El sufrimiento es el efecto, mientras que el deseo es la causa. Vemos aquí un tipo de relación causa efecto, acción reacción. En otras palabras, es el mismo modelo cíclico representado por la rueda de la vida. La tercera noble verdad (el cese del sufrimiento) se corresponde con el símbolo del Buda o del mandala de los cinco budas. La cuarta noble verdad (el sendero óctuple) se corresponde con el sendero espiral. (Sangharákshita, 2010. p. 21).

Intentamos alcanzar una forma más elevada del ser y de la conciencia. No estamos solamente tratando de conseguir una “Concentración Correcta”. Aspiramos a una plena transformación de todo nuestro ser, en todos sus niveles y aspectos, desde la perspectiva de la Visión Perfecta inicial. (Sangharákshita, 2010. p. 164).

El Taoismo: Más que una religión, es un movimiento quietista que se atribuye al chino Lao-Tzu perteneciente a la dinastía Han del tercer siglo de nuestra era. Se le conoce también como el Camino Eterno, en el que si las actividades de los hombres no lo evitan, permanece la armonía y la perfección. Su principio fundamental consiste en no oponer resistencia a las leyes del universo y conservar la quietud por medio de ejercicios de respiración yóguica. Esta conducta recibe el nombre de wu-wei que tiene la finalidad de no hacer nada para alcanzarlo todo. El estado más alto de la existencia lo tiene el sabio, cuya vida debe ser contemplativa y conducida por el camino del tao. En Japón, adopta el nombre de shintoismo.

El confucionismo es más o menos contemporáneo del taoísmo y se atribuye a K'ung Fu.tzu, nombre que los jesuitas tradujeron como Confucio. Se le atribuyen al fundador una colección de sentencias llamadas analectas que proponen una conducta recta, un buen gobierno y un respeto profundo por el orden social. El estilo de vida confucionista tiene como valor supremo la piedad filial. Cuya expresión más elevada se encuentra en respetar, honrar, amar a todas las personas.

6. El hombre en la religión actual

La religión en el mundo moderno. La modernidad es época de rupturas y afirmación de entramados socioculturales diferentes en los que se expresa la subjetividad individual de los pueblos de Occidente en forma de estados soberanos, lenguas modernas, conciencias nacionales e, incluso, cristianismos diferenciados. En este proceso, el cristianismo pierde unidad en dogma y disciplina, pero gana autenticidad en convicción y testimonio. (Gómez, 2014. p. 11).

Es época de choque con valores emergentes, tales la razón dogmática, la ciencia natural y la libertad revolucionaria.

El poder del cambio sitúa al hombre religioso ante un mundo nuevo que exige una forma nueva de relacionarse con él. Los historiadores utilizaron la palabra revolución para nombrar episodios históricos de cambio cruento y violento. Pero este no es el caso. No obstante, nuestra época podría ser etiquetada de revolucionaria. (Gómez, 2014. p. 11).

Nuestra época podría ser etiquetada de revolucionaria. Si bien la ausencia de guerras trágicas y la relativa paz mundial rebajan la etiqueta de revolución a profundo cambio sociocultural.

7. Trascendencia actual

El hombre sabe que es un ser finito en lo biológico; sin embargo, busca en su integralidad holística el ser trascendente. Su vida personal y social, busca su perfeccionamiento trascendente a través de su conciencia, de su dignidad y de su libertad. Lo racional y emocional del ser se proyecta como una opción de búsqueda del Trascendente y de la trascendencia, para lograr superar así la finitud de su ser y de su existencia terrena. En cada cultura y creencia, los seres humanos han establecido caminos, reglas y modos de alcanzar la trascendencia. Desde la antropología y la teología. (Schmidt, 2018. p. 53).

Lo que va perfeccionando al hombre es la trascendencia que tienen con lo divino, por lo cual busca en su interior sobre todo la dignidad y la libertad, que también son lo que llega a ser una parte de complementar lo que se puede decir, que queda incompleto en el ser humano, que es la parte con lo divino. Para lograr esto y la superación de la existencia de lo terrenal, se tiene que estar en un punto en el que ya se sienten preparados para el paso a la trascendencia, ya estando

listos en cuanto a los cambios que logran hacer para esto. En todo hay pasos a seguir y esto no es la excepción, sino al contrario, hay que hacerlo así para lograr alcanzar lo que se pretende en el tiempo actual.

8. La trascendencia del hombre por medio de la religión

La espiritualidad o la misma cultura lo provean, el ser humano estará siempre en camino constante de transformación. La espiritualidad es la puerta que moral y éticamente está abierta a las vías de la transformación, entendida esta como aquella apuesta que posibilita la significación de cada hombre y la expansión de sus ideales. (Vargas, 2015. p. 461).

Cada día aumenta el número de personas que experimentan más y más, no solo la simple curiosidad por el esoterismo o cosas parecidas, sino la necesidad de vivir una experiencia espiritual coherente con las nuevas situaciones debidas al rápido y profundo cambio cultural del tiempo presente. (García, 2014. p. 17).

En el Diccionario de espiritualidad (2005) encontramos que “ningún ser humano puede vivir sin una experiencia espiritual, especialmente si se mueve con profundas motivaciones y convicciones. Perteneces, pues, al sustrato más profundo del ser humano)”. De esta forma se va abriendo la comprensión de esta experiencia como una condición inherente al ser humano y, desde allí, de manera especial.

Existe una experiencia de trascender llamada espiritualidad que se lleva desde múltiples opciones y decisiones: válidas o no para los criterios culturales, sociales y religiosos, son, en todo caso, una apuesta por trascender aquello que llamamos alma. (Vargas, 2015. p. 466).

Dadas estas condiciones, y teniendo presente el ámbito cultural, social y religioso que acompaña el mundo actual, sea por tradición o por decisión, es necesario abrir las posibilidades al diálogo interreligioso, en un mundo multicultural, donde el pensamiento y la acción son el marco ético del otro, son el lenguaje de vida, en otras palabras, las acentuaciones de la espiritualidad que se cuela en la realidad.

Para la experiencia espiritual hay que renunciar a ciertas condiciones de la humanidad, realizarnos plenamente, conseguir el logro de nuestras aspiraciones y anhelos más profundos.

Finalmente, la espiritualidad debe llevar al creyente a discernir los signos de los tiempos, desde los que afectan; podría afirmarse que la espiritualidad es el camino para el encuentro con la esencia: aquella que viene de Dios y que tiende siempre a él, en cualquier condición, en cualquier esquina del mundo, en cualquier religión.

El ser humano está llamado a comprenderse y tender hacia Dios. No se es para la religión, se es para una vida con sentido; si la religión lo garantiza, bienvenida sea; si ésta lo obstaculiza, quizá por eso emana la pluralidad de la espiritualidad, para romper el paradigma que me hace ser capaz de Dios, pero incapaz de estar con él. (Vargas, 2015. p. 468).

La conexión de religión con espiritualidad se da en una misma raíz: los estilos de vida, las elecciones de orden vocacional y las prioridades humanas llevan a comprender la religión como una opción de crecimiento espiritual.

La base de dicha tendencia es la unificación de experiencias desde las expresiones que acercan tanto a la religión como a la espiritualidad; de hecho, se habla de la contención de una y otra; pareciera que hay una codependencia o una consecuencia lógica cuando se experimenta una vivencia, llámese religiosa o espiritual. (Vargas, 2015. p. 470).

Castillo (2008): “Si entendemos la religión como relación con el Trascendente, está claro que la espiritualidad no se puede entender si no es precisamente eso, es decir, relación con el Ser Supremo” (p. 36).

Desde la espiritualidad o desde la religión, o en la mixtura de ambas, lo que se evidencia es la necesidad de educar al creyente para que sea conocedor de su experiencia, de su religión y de su proceso espiritual, o de su relación íntima con Dios. El ser humano está llamado hacia una realidad trascendental que lo supera en su razón y que impera en su interior.

Conclusión

En el primer capítulo se establecieron los conceptos fundamentales y las bases teóricas del autor, los cuales sirvieron como eje rector para dirigir el desarrollo del tema central en las etapas posteriores de la investigación.

El segundo capítulo analizó la trascendencia desde diversas perspectivas filosóficas. De este estudio se destaca la relevancia de la libertad como facultad indispensable para que el hombre inicie su camino trascendental, así como la capacidad de apertura constitutiva del ser humano ante lo absoluto. Al explorar esta apertura en el ámbito de las religiones, se identificaron elementos, tales como la necesidad de una preparación previa, el seguimiento de normas y la exigencia de una transformación personal para alcanzar dicha meta.

Asimismo, se observó que las religiones suelen situar el modo absoluto de trascendencia en la muerte, entendida como el tránsito del alma hacia una realidad espiritual superior ya sea bajo los conceptos de Nirvana, Moksha o Paraíso donde se promete la liberación del sufrimiento y del ciclo de reencarnación. En este sentido, la trascendencia se manifiesta a través de la meditación, la oración y los ritos, actos que permiten al sujeto experimentar una unión profunda con la deidad.

Posteriormente, el tercer capítulo se centra en el pensamiento de Xavier Zubiri, quien define al ser humano como un animal de realidades dotado de inteligencia sentiente. Esta distinción es importante, ya que para el autor, el hombre no solo recibe estímulos biológicos, sino que posee la capacidad de aprehender las cosas como realidades de suyo, integrando de forma indisoluble su dimensión racional y espiritual. En este análisis, cobra relevancia el concepto del poder de lo real, descrito como una fuerza dominante, última, posibilitante que se impone sobre el sujeto. A través de la religación, el hombre experimenta este poder como el fundamento absoluto que sostiene su

existencia personal. Si bien el sistema de Zubiri destaca por su densidad especulativa, su propuesta se mantiene objetiva, pues parte del análisis de hechos de la aprehensión humana, ofreciendo una visión profunda y coherente de la trascendencia.

En el cuarto capítulo, se profundiza en la trascendencia del hombre actual, reconociendo que el ser humano posee una dimensión espiritual intrínseca que lo impulsa hacia la búsqueda de un sentido último. No obstante, este impulso se ve condicionado por un contexto de profundos cambios socioculturales y rupturas históricas que han transformado la subjetividad individual. En esta dinámica, el hombre contemporáneo ha experimentado períodos de distanciamiento de sus creencias tradicionales y costumbres religiosas, influenciado en gran medida por la corriente de la Nueva Era. Este movimiento, logró captar la atención social mediante propuestas atractivas y simplificadas que fusionan el esoterismo, el gnosticismo y elementos de diversas religiones orientales.

A pesar de la fragmentación que estas corrientes puedan generar, el ser humano conserva su libre albedrío y su capacidad de autodeterminación, facultades que lo determinan autor de su propia vida. Gracias a esta libertad, la persona tiene la posibilidad de discernir entre las diversas ofertas de espiritualidad y optar por un camino que responda fielmente a su religación con el poder de lo real. De este modo, el hombre actual continúa su proceso de realización, buscando trascender su finitud biológica para alcanzar una experiencia auténtica con lo absoluto.

El ser humano, tal como lo define Zubiri, es un «animal de realidades» dotado de inteligencia sentiente, razón y voluntad, facultades que le otorgan una suiedad o posesión de su propia realidad. Esta condición implica que el hombre posee un grado de independencia que le permite no estar forzado a una creencia, sino ejercer su libertad para abrirse a una experiencia de lo trascendente de manera autónoma. La trascendencia es, en este sentido, una apertura constitutiva

y una necesidad natural del ser humano que busca superar su finitud biológica mediante una experiencia de la realidad plenamente vivida.

Para alcanzar esta meta, el sujeto debe seguir los caminos, reglas y modos de preparación que las diversas tradiciones han establecido, permitiendo que la persona se disponga conscientemente para el encuentro con lo absoluto. A pesar de los desafíos del entorno actual y de corrientes atrayentes como la Nueva Era, la decisión de permanecer o no en una vía espiritual reside en el libre albedrío del individuo, quien es el agente y autor de su propia realización. Al profundizar en la religión, el hombre busca el fundamento de lo real y el bien supremo que da sentido a su existencia. Finalmente, la trascendencia también se manifiesta en el deseo de dejar una huella o legado, de manera análoga a los filósofos que, como Sócrates, han transmitido su sabiduría para iluminar a las generaciones futuras.

Bibliografía

Fuentes primarias

- Zubiri, X. (1935). *En torno al problema de Dios*. Madrid.
- (1986). *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza.
- (1976). *Introducción a la crítica antropológica*. Madrid: Alianza
- (1984). *Introducción al problema de Dios*. Madrid: Alianza.
- (1982). *Inteligencia y razón*. Madrid: Alianza.
- (1935). *Naturaleza historia de Dios*. Madrid: Alianza.
- (1974). *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza.
- (1982). *Inteligencia y razón*. Madrid: Alianza.

Fuentes secundarias

- Agustín. (2015). *Confesiones*. Mexico: Porrua.
- Aguayo, A. (2009). *El hombre y el dialogo trascendental*. Guadalajara.
- Ayala, J. M. (2005). *Fenomenología y experiencia religiosa*. Universidad de Zaragoza.
- Abelardo, P. (1953). *Guia para el estudio del conocimiento esoterico*. Argentina: kier.
- Alessi. (1998). *Los caminos de lo sagrado* . Madrid: Cristiandad.
- Aquino, T. d. (1998). *Suma teologica*. Madrid.
- Benedicto, XVI. (2007). *Deus caritas est*. Rialp.
- Bernad, V. (2005). *La trascendencia. la trascendencia del hombre*,
- Camargo, R. A. (1987). *Biografía de Xavier Zubiri*. Bogota: universidad filosofica.
- Duch, L. (2001). *Antropología de la vida*. Abadia de Monserrat
- Diccionario de la lengua española* . (2021). real academa española.
- Durkheim, E. (2007). *Formas de vida religiosa*. Madrid: Acal S.A.
- Ergas, R. (2013). *Desde el sufrimiento al nirvana*. Madrid: Manantial
- Eliade, M. (1998). *Lo sagrado y lo profano*. Austral.

- Frak, V. (1946). *El hombre en busqueda del sentido*. España : Herder.
- Gómez, J. M. (2014). *La religión en el mundo actual*. España: Universidad de Salamanca.
- García, J. M. (2014). *Religión en el mundo actual*. Humanidades y cultura .
- Gómez, C. I. (2018). *Sobre la religión de Zubiri*. complutense .
- Hernández, J. D. (1999). *Fenomenología de la religión*. Madrid.
- Jiménez, E. (2016). *El gnosticismo y sus rituales* . España : Universidad de cantabria.
- López, F. (2013). *Concepto de persona humana*. Colombia: Universidad de san Buenaventura.
- Palacio, C. (2015). *Cuestiones teológicas* .
- Pérez, J. (Enero de 2022). *Catolic.net*. Obtenido de Catolic.net.
- Platón. (1871). *Obras completas* . Madrid: biblioteca filosofica.
- Platón (1986). *Fedro*. Madrid: Gredos.
- Plotino. (1982). *Plotini Opera* . Oxford: Oxford university.
- Rahner. (1977). *Curso fundamental de la fe*. Barcelona: Herder.
- Sánchez, J. A. (2012). *El orden trascendental en Zubiri*. Bogota: univesidad san Buena Avetura.
- Sánchez, M. (1999). *La nueva era la sacralización de lo sagrado* . Mexico : Universidad iveroamericana .
- Sangharákshita. (2010). *Visión y transformación* . Mexico: CBCM.
- Schmidt, L. (2012). *El hombre como ser trascendente*. bioetica Latinoamericana,
- Schmidt, L. (2018). *El hombre como ser trascendente*. Venezuela: Universidad de los Andes.
- Schmitz, J. (1987). *Filosofía de la religión*. Barcelona: Herder.
- Soren, K. (1980). *Mi punto de vista*. Buenos Aires: Aguilar.
- Soriano. (2011). *Mosha en el hinduismo* . A la sombra del arbol bodhi.
- Vargas, J. C. (2015). *espiritualidad como medio de desarrollo humano*. colombia: Universidad de manizales .
- Varo, F. (2006). *El espacio sagrado en la torah*. Madrid : Universidad navarra.
- Villa, J. (2012). El orden trascendental en Zubiri. Universidad iveroamericana.
- Vega, G. B. (2003). *Filosofía y religión* . Mexico: Cuadernos de fe y cultura.
- Zamany, P. (2020). La Trascendencia de este mundo el budismo y la fe. Bahai.
- Zorrosa, I. (2015). *Trascendencia y apertura*. España: Universidad navarra.

